BÁRBARA CARVACHO

Y TÚ, ¿TAN FELIZ?

CABALLO DE TROYA

BÁRBARA CARVACHO

Y tú, ¿tan feliz?

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@caballodetroyaeditorial

@CaballoTroyaEd

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A todas las mujeres de mi vida, con énfasis a la que eligió (¿?) ser mi mamá.

Ask me why she said goodbye,
Why baby dyin' white walls
Cigarettes over skyfall,
Writing this like its my song
Ask me why she hesitated,
Almost waited, waiting room
Play date up to heaven soon,
Soon I will see the King
He reminds me,
Some give presents before they're even ready
I could see that she loves me,
I know her heart is heavy

Telefone-ication nation, baby help me testify
Oooh you know I hate goodbye
Bye bye blue, somebody let the yellow in
Bye bye blue, I'm gonna fall in love again
On a lonely road where happiness needs us
You my baby, you my baby
I'm your baby, I'm your baby

NONAME, «BYE BYE BABY»

«Hay connotaciones muy negativas respecto
de decidir realizarse un aborto: que es egoísta,

que es un acto de odio. Eso no es lo que yo veo. No creo que los abortos se puedan hacer sin amor. A veces, tener un hijo no es el camino. Para una mujer, tomar una decisión sobre sus necesidades es tomar una decisión sobre su amor propio. Es importante que las mujeres tengan el derecho a tener libertad y agencia sobre sus cuerpos.»

NONAME

Los colchones Rosen son los mejores del mercado, o eso dijo mi abuelo cuando me regaló uno. Mi abuelo, el fascista muerto hace once años, que me quiso como si yo fuese la luz de sus ojos. Los colchones Rosen son los mejores del mercado, dijo mi mamá cuando le comenté que, con mi primer sueldo, planeaba comprarme un colchón nuevo, tras más de una década habitando el mismo trozo inerte que sabe de semen, regla, lágrimas.

A medida que la precariedad empezó a desaparecer de mi vida, pensé que también se irían los recuerdos, pero, en cuanto abandoné en la esquina el Rosen que alojaba mi cuerpo, para que el vagabundo de turno lo recuperara, caí en cuenta: hay cosas que no puedes dejar, pretendiendo que se van a esfumar cuando llegue el camión de la basura a la mañana siguiente. Hay recuerdos que tardan millones de mañanas en convertirse en meras palabras; saliva.

Este invierno cambié mi colchón y ningún grado bajo cero se va a llevar a los fantasmas que dejé en Moneda, calle descuidada que ha sabido de días internacionales de la felicidad, puchos corrientes y trotes, porque cuando una quiere, corre. Y yo corrí, tanto que sangré, corrí tan fuerte que ningún paco me atrapó. Corrí tan deprisa que se me quedaron amigas atrás, tan veloz que mi familia ni siquiera alcanzó a verme pasar.

Corrí tanto que perdí el aliento; fumo mucho y mi estado físico siempre prefirió Rosen. Y un día me aburrí de correr y me dispuse a pelear. Ojalá mi abuelo me hubiese visto.

Yo soy bastante nadie, por eso pongo el *yo* antes del *soy*. No soy famosa mujer rota ni privilegio hecho vagina. Soy nadie, nadie con un colchón que entendió que el límite entre saberse y perderse es pequeño y caro, como una pastilla de misoprostol. La nadie que fue recién cuando la validación le abrió las piernas, le eyaculó adentro y la dejó tirada en un Lollapalooza. Nadie. Como todas, siempre nadies. Las nadies que al tío le gusta dedear en los cumpleaños, las nadies que saben de anos rotos, de tetas estrujadas, de velas con condón. De moretones en la guata.

Han sido días malos, por favor, no saques una foto. Hay cosas que no quiero recordar aunque hay cosas que tengo que visitar porque soy nadie y así nos alimentamos. Voy a volver a desearte mal a los ojos, todas las veces que pueda. Voy a maldecir los ojos de todos ustedes, los alguienes. Te voy a ver arder con esos dientes feos que descuartizan y trituran las extremidades de nadie.

No me voy a obsesionar pero tengo que decirte un par de palabras: una vez bajé al infierno y me vestí inflamable. Vaso en mano, cuatro pastillas bajo la lengua, tus ojos hermosos, mi corazón novato, gracias por los orgasmos, se me fue la vida en ellos. No me reconozco. No me conozco. No siempre fue así. Fui a conocer las napas subterráneas para volver y dejarte esto claro; tragué cincuenta y seis hostias completas sin asfixiarme y me afiebré de tanto querer detonar. Clandestinidad, vírgenes, catedrales, leyes, créditos, ayúdame a estallar para recuperarme en palabras. Nunca me hiciste tan feliz como abortar y el misoprostol no fue capaz de inmolarme como tú.

No voy a ser tu fetiche granada, no vas a decir cuándo tengo que reventar mi mierda porque es mía, y la vi en mi colchón

cuando la diarrea y el misoprostol fueron el mismo cauce. No me vas a obligar. No de nuevo. Porque ya cedimos demasiado esperando tus nalgadas, tus aplausos y palmadas. Con estas mismas manos voy a rezarle a tu dios para demostrarte que el mío es mejor.

Me aburrí de correr. Mamá, te juro que no me voy a volver a pegar en la guata.

Toma mis palabras para enrolar pitos, sécate la vagina, llora no más. A las nadies nadie las mira. Y cuando nadie te esté mirando, agarra la vela, ponle un condón, llévala hasta la pared de tu útero y guarda reposo hasta que se haya terminado el tratamiento. Después corre, sube escaleras, no te preocupes por el cansancio. Tu colchón va a estar esperando y los moretones de la guata van a desaparecer. Nadie va a estar bien.

Qué voy a saber yo de abortar

cuidado, dios está mirando

No vino a clases porque, anoche, la tía con la que vive le metió unas pastillas. Ahora está en la posta.

Antes, cuando tenía como ocho años y usaba jumper en un colegio de monjas, había visto unas imágenes de fetitos descuartizados, minipatitas y harta sangre. Era chica pero recuerdo que igual me pareció ridículo. Y fuerte. Muy ridículo y fuerte mostrarles esas imágenes a niñas que rezaban todos los días al mediodía y que tenían a un gran Jesús mirándolas durante la jornada escolar. Nuestro propio *Gran Hermano* con Jesús como protagonista.

Nunca pensé mucho en el aborto. Hasta esa vez que, con diecisiete años, me enteré de copuchenta que la Vale no había ido a clases porque su tía supo del embarazo. *Ella quiere tenerlo*, contaba la dueña de la información a un par de adolescentes faldicortas preocupadas por su amiga. *Ella quiere tenerlo pero su tía no la va a dejar*.

Yo no sabía mucho de la Vale, era de otro curso y creo que solo una vez la saludé. Pero me apretó la guata todo ese relato y lo mal que sonaba que no la dejaran tenerlo. Quise tener más cojones para darme vuelta y preguntar qué había pasado, aunque no lo hice. Con suerte sabía qué era el sexo. Tenía claro que había un pene y una vagina, y hasta pude comprender con naturalidad que si yo quería, y podía, también era posible que

involucrara dos vaginas. Sí, sabía también que el hombre eyacula, mis compañeros de básica lo hicieron notar con alguno de sus perversos juegos, que nadie reprochaba porque *así son los niños*. No sabía que existía algo como el squirt ni que el ano es un agujero permitido en el amor. Qué iba a saber yo de decidir sobre la consecuencia de un acto que solo había visto en la tele y que había escuchado en relatos de amigas a las que les costaba lubricarse por los nervios. Qué iba a saber yo de abortar.

Mi vida es bien promedio, así que la información que los conductos naturales y la familia me entregaron sobre el acto amatorio es más bien vaga. Sabía que tenía que cuidarme, que no cualquiera me podía tocar. También sabía que, eventualmente, iba a conocer a alguien que me provocara cosquillas en las partes prohibidas por el Gran Hermano Jesús y que tendría que, con vergüenza, decirle a mi mamá que quería ir al ginecólogo. Eso nunca pasó. Supongo que por sanidad y pudor me salté todas esas conversaciones tal como lo hizo mi madre, quien siempre se mostró abierta a cualquier tipo de interacción o pedido, pero que nunca forzó ninguno de ellos, como suelen hacer las de su tipo. Mi mamá abría las puertas, sin embargo, la sociedad me las cerraba. Me hicieron sentir que yo, Bárbara Carvacho, de diecisiete años, no podía saber de sexo porque no debía tener sexo. *Soy muy chica*. Hoy lo pienso y agradezco haber retrasado esas decisiones hasta ser medianamente consciente de las cosas que hago. Agradezco haber podido decidir, siquiera, sobre mi primera vez, sobre los hombres que me iban a meter cosas. Agradezco haber decidido. No como la Vale, que nunca tuvo problemas en decir que vivía con su tía y su abuela porque en su casa sufría de abuso. Ella no pudo decidir sus primeros encuentros sexuales y tampoco la iban a dejar decidir qué hacer con su casi hijo.

No sé qué habrá pasado realmente. No la vi más. Creo que una vez escuché a su grupo de amigas del banco de atrás poniéndose de acuerdo para ir a verla, pero ¿por qué iban a verla? ¿Acaso el plan de su tía fue truncado y ella ya era la madre joven que quería ser?, ¿o tenían que ir a visitarla porque la depresión de la incertidumbre no la dejaba ir al colegio de pura pena y vergüenza? Misterios.

Y, tal como se acabó cuarto medio, terminó mi nula historia con la Vale. Seguí con mi virgen y desinformada vida, entré a la universidad, hice amigos nuevos, la olvidé. A veces me pesa, aunque no fue muy difícil encontrar a otra chiquilla con una historia similar. Nuevas amigas, nuevas conocidas, nuevas abusadas, nuevas toqueteadas por sus primos demasiado grandes para jugar a la casita, nuevos y primerizos hombres, nuevos supuestos expertos, nuevos abusadores. La tan esperada pérdida de la virginidad.

Tal vez debería indagar más en eso y hacer un extenuante relato semierótico sobre ese carrete de septiembre en el que un pene, perteneciente a un ridículo de camisa y chupalla, entró en mí, pero la verdad es que no fue relevante para nadie. No abrí la boca después de eso y, con olor a sexo oral, me fui de la casa que me vio perder la siútica flor. Me fui. De la casa, porque de orgasmos ni hablar. Me fui y me bajé de la micro en Providencia, encontré una banca y me quedé pensando en qué debía hacer frente al hecho, porque, antes de fantasear con pololearme al chico o agregarlo a Facebook, solo apareció en mi mente un gran NO TE CUIDASTE.

No puedo quedar embarazada, cómo tan irresponsable, chiquitita y pasada a sexo de baño, recién entrada a la educación superior con todo un futuro por delante. Ahí estaba el patriarcado —y

qué va a saber una de patriarcado— dando vueltas en el cerebro, susurrándome que las guaguas eran malas, que las mujeres exitosas no las tienen. Y yo devorándome cada relato de la historia construida por siglos de dominación mientras miraba las palomas de Lyon. Palomas solas y asquerosas, tal como me sentía esa mañana festiva de septiembre, cuando el feminismo era tan lejano en mi vida como lo fue la Vale. Guaguas y palomas. Guaguas solas y asquerosas. Guaguas asquerosas.

¿Voy a tener una guagua? ¿Voy a tener que mudarla? ¿ Darle comida desde mis tetas? ¿Voy a dejarla sola y terminará comiendo migas de pan en Lyon junto a otras guaguas abandonadas como las palomas? Y si no la abandono, ¿en qué colegio la meto? ¿Qué va a querer hacer con su existencia? Algo que nunca va a saber mi abuelo, que —de estar vivo— le hubiese puesto Augusto, aunque estaba muerto y rondaba en mi cabeza porque los muertos, igual que el Gran Hermano, ven todo lo que haces y pueden venir durante las noches para regañarte. Un fantasma regañándome porque voy a dejar tirada a mi guagua paloma con chupalla pasada a piscola en pleno Lyon.

Era desinformada e ignorante de verdad. Lloré cuando me llegó la regla porque no quería dejar de ser niña y nunca me importó aquello del ciclo menstrual. No sabía si estaba fértil, si mi luna estaba en tal o cual casa, si Serena de las *Sailor Moon* pasó por eso, si en ese septiembre se iba a acabar mi vida por estar embarazada. Así de desinformada e ignorante esperé un par de días hasta que le solté la grande a unas compañeras que, más nerviosas que yo, me acompañaron a comprar un test después de clases de reporteo. Y salió negativo. Y celebramos. Y me prometí que nunca más iba a pasar por algo así. Qué

mentirosos somos los humanos.

Aunque después de eso sí me preocupé más y sin condón no había esta. Tuve algunos pinches fugaces, unos amores de esta, unos encuentros casuales, unos caseros que duraron meses. De esas aventuras salieron algunos buenos y otros horribles momentos. Como esa mañana en la que desperté en la casa de Gabi, con uno de sus amigos con el que compartía universidad, y uno que otro encuentro como el de la noche anterior, en la que tomamos, no nos cuidamos, y desperté triste, asustada, y pasé a la farmacia de la Posta Central a comprar la que se había vuelto mi estampita sagrada: la caja de Anulette CD. Vómito, malestar, miedo. Otro test. Otro negativo. Otra oportunidad de aprender a hacer las cosas bien en todos los niveles: conmigo, con quien me acostaba, con lo que me metía.

Fue durante el 2014 que recién tuve una relación adulta. No tenía nombre eso sí, no éramos pololos ni andantes. No sé. No hablamos nunca del temita *nosotros*. Yo lo quería, él igual, y por casi un año nos visitamos, nos abrazamos y escuchamos la mejor música que alguien pudo escuchar. Se sentía bien hablar de Pavement con él, que era como un chaleco cómodo. No me quedaba apretado ni muy suelto, no me daba mucho calor ni permitía que entrara el frío. Comíamos cosas deliciosas, fumábamos marihuana, nos poníamos al día con nuestras series. Nuestras series, aunque yo no era de él ni él era mío. Había cosas que eran nuestras y hubo cosas que fueron mías. Como la primera noche de marzo del 2015.

Hasta ese momento, pocas cosas me pertenecían: tomé la decisión de estudiar periodismo, elegí zapatillas blancas para calzar, el almuerzo que quería. Nada muy relevante o trascendente hasta ese momento. Domingo negro de impulsos

irresponsables, de esos que se pagan.
No sé si todo el mundo tiene archivado el día exacto en el que sucedió ese *algo* que los hizo avanzar en el recorrido humano y que significó un cambio importante sobre qué color prefieren de zapatillas. El quiebre de esa rutina pasiva que solemos llevar. Yo me acuerdo.

LAS LUCES DE NAVIDAD

No sé qué hicimos ese día, pero por algún motivo terminamos en mi pieza, esa que gritaba en cada esquina que estaba más cerca del colegio que de una oficina.

¿Estábamos pasados de copas? ¿Habíamos fumado algo? No me acuerdo. *Estoy tan borracho, las luces me hacen daño y no voy a perdonarte*, canta el Walter en mi cabeza mientras reconstruyo la mierda hecha imagen. Me acuerdo del vestido turquesa que estaba usando y de las luces de Navidad que prendí. Parece que sí habíamos tomado o ¿será el mal recuerdo lo que me hace sentir que todo estaba más borroso de lo normal y que esas malditas luces eran innecesarias para la calma cerebral?

No sé. En serio no recuerdo tanto, aunque sí me acuerdo de esta conversación:

—¿Tienes un condón?
(Por supuesto que yo no tenía un condón.)
—No. Estoy en mi día más fértil. Tengo cien por ciento de probabilidades de quedar embarazada.
(Maldita Bárbara del pasado, de verdad no era broma).
—Entonces mejor que no.

Mejor que no.
Eso me dijo.
Entonces mejor que no.
Y yo, yo no lo escuché. Y él, él no hizo algo por detenerme.

No sé si soy creyente de la suerte, todavía no lo decido. Antes de ese domingo no lo era. Después de él, lo soy menos. Los actos tienen consecuencias y la suerte poco tiene que hacer. Igual que dios. La suerte es como dios. No entiendo por qué tanta gente cree en él y en la suerte, en Pedro Engel, en el horóscopo, en Mercurio retrógrado y Miau Astral. Aunque estaría bueno culpar a los astros por mis actos, no voy a caer en ese juego, ya superé el new age.

Sé que fue la decisión que tomé y no voy a escudarme en la pésima fortuna ni en la falta de un todopoderoso. Incluso podría *excusar* de gran parte de la culpa a ese hombre pelo de nube. ¿Podría haber tomado mi alerta un poco más en serio, ser menos hombre impulsivo sexual y detenerme? Claro que sí. ¿Voy a atraparme pensando en lo que hizo o no hizo? No. Los hombres no se atrapan, voy a jugar a la impunidad.

Yo me atrapo por todo y esa media hora de mete y saca dejó demasiada paja molida mental como para atraparme también en lo que él estaba pensando —si es que—. Esto no es un perdonazo. No es que esté defendiendo a uno de los culpables tampoco. Entiendo que la responsabilidad, tal como el sexo común y corriente, es de a dos. Yo sabía, él sabía. Se lo dije. Me lo dije. Lo dije en voz alta. Y nadie en esa pieza infantil hizo algo real al respecto. Nunca confíen en la suerte si de sexo se trata: los procesos internos son mucho más reales que la suerte. Ovular es más real que la suerte. Eyacular es más real que la

suerte.

Escribiendo esto considero opciones que no habían cruzado mi mente antes.
¿Por qué no hicimos el nunca confiable coitus interruptus? ¿Por qué pasó?
¿Por qué fui así? ¿Por qué fue así?
¿Por qué yo?

Porque éramos dos niños ignorantes jugando a querernos. Porque ninguno de los dos era experto en algo, mucho menos en el ámbito sexual. Y ahora que le doy vueltas, no era más que un masticable barato. Dos niños muy malcriados sobradísimos de oportunidades en la vida, jugando a replicar cosas que el resto hace, que la tele muestra, que Xvideos publica. Presión, mucha presión que se escapó de nuestras manos.

Me sentí presionada esa noche. Sí. Un gran sí. Porque nací y me crie en una sociedad en la que tengo que complacer al hombre por sobre todas las cosas. ¿Qué otra razón podría existir para haber tomado la inepta decisión de tirar sin protección en mi día más fértil del mes? Presión. Y desinformación.

Bueno, ¿qué hombre deja pasar la oportunidad de meterla un rato? Él, al igual que yo, nació y se crio en la misma sociedad, pobrecito, tiene que ser complacido todo el tiempo. Él tiene que ser un hombre que no puede dejar pasar la oportunidad de tener un poco de sexo. Tal vez ni siquiera quería estar ahí, literalmente debajo de mí. Tal vez esos minutos fueron un caos en su cabeza entre el estímulo físico y la imagen de un pequeño bebé, que seguramente no iba a ser paloma aunque probablemente iba a quedar abandonado en alguna calle de la ciudad. La calle de mi casa, por ejemplo. Pero ¿cómo iba a

detenerse? ¿Qué clase de hombre sería si hubiese hecho eso? Uno bastante inteligente, pero en la construcción que teníamos por esos días —y que probablemente él aún tenga—, esa que le habían metido el colegio y la universidad y sus amigos y las canciones y la publicidad, era más bien poco hombre.

Misterios que nunca hablamos. Éramos dos niños inexpertos e ignorantes, privilegiadamente atormentados y presionados —más privilegiado él, más presionada yo—, creyendo que éramos adultos entendiendo una relación.

ABRACEN A LA EXVIRGEN DE LA FAMILIA

Mi familia no es tan familia. Mi papá se fue de la casa con el auto cargado cuando yo tenía algo así como siete años. Tuvo una relación paralela, un supuesto nuevo hijo, y mi mamá se quedó a cargo de mi hermano menor y de mí, con toda la pena de ver caer ante sus ojos uno de los proyectos más duraderos en los que se embarcó. Nada es para siempre, canta Jorge González. Ni la relación entre ellos, ni la segunda relación de mi papá, ni la pena de mi mamá, noble persona capaz de separar en dos al complejo humano que es mi progenitor: por un lado, el hombre que rompió la confianza amorosa y, por el otro, el hombre con el que tuvo dos hijos. Lo más importante de su vida, como dice cada cumpleaños cuando el espumante le afloja el sentimiento y la boca.

Con esta misma nobleza es que nunca le privó a mi padre la oportunidad de vernos crecer. A veces él no quería tanto, tal vez por la pena o la vergüenza que le provocaba ver lo que perdió o por otros motivos de adulto que nunca me dijeron. No conozco mucho a mi papá, pero sé que es mi papá y siempre

estuvo ahí como tal. O casi siempre. No le tengo rencor, mi hermano tampoco y mi valiente mamá menos. El único que tiene rencor con él es él.

Esa noche de domingo primero de marzo no solo fue la noche que me embaracé, también era el día de ordenar las cosas para nuestras primeras vacaciones en familia. Cuatro seres —quizás cinco— jugando a ser un núcleo perfecto de amor y crianza mientras yo jugaba a no estar embarazada.

Mamá, papá, hermano, Bárbara.

Mientras estaba en mi pieza con el amigo de rulos, mi mamá ordenaba todos los bolsos necesarios para nuestro primer campamento, tan solo tres días porque todos nos excedemos de citadinos. Mi noble mamá, asegurándose de llevar vinagre para mi papá porque no consume limón en sus ensaladas. Sin rencor. Noble noble noble, como ella sola, la misma que se pasea por el comedor mientras yo escribo cada palabra tratando de disimular las lágrimas.

Esa mañana fue ajetreada, digna de la noche anterior. Ni me acuerdo cuándo se fue mi compañero de cama. Tenía cosas más importantes que resolver, como asegurarme de llevar el computador al camping para seguir trabajando o pensar una y otra vez si me había embarazado. Salimos rápido, apurados y alterados, como cualquier familia que va de paseo. Que falta eso, que sobra aquello, que bajemos las cosas al auto, que vamos pronto, que no quiero llegar tarde. Un clásico de los papás ausentes que sienten que en cinco minutos van a recuperar todo el tiempo perdido.

Pasamos a un Ekono de Brasil, compramos cerveza Quilmes,

bebida, galletas y un poco de pan. Volvimos a subir al auto y partió la aventura. Mientras nos alejábamos de Santiago con destino a Melipilla, yo pensaba en cómo nos estábamos distanciando de las farmacias, todas esas farmacias llenas de estantes repletos de mi estampita, repletos de la pastilla del día después en todas sus formas, dosis y colores. Cómo nos alejábamos de la de la cruz, la del humano deforme, la del viejito que baila. Y ahí estaba yo, mirando por la ventana, pensando en que cómo iba a tener tanta mala suerte.

Lo pasamos bien tres días mirando el lago, durmiendo en el suelo, peleando con bichos. Estaba contenta con mi familia poco tradicional haciendo algo tan autóctono de gente que se quiere y solo me quedaban las noches, cuando estaba sola en la carpa, para pensar en la suerte que no era suerte. Era el fantasma de mi decisión, rondando entre una linterna y los desagradables mosquitos, o el de mi abuelo, vaya a saber una.

De vuelta a la realidad.

Mi papá a su casa, sin ser parte de nuestro pequeño nicho cotidiano. Los bichos donde pertenecen, lejos de mi cara. Mi mamá de vuelta a su oficina. Mi hermano haciendo lo que sea que hacen los hermanos pequeños. Yo, media lista para dar la cara. La cara más grande que tuve que dar en mi cortísima vida. Pero no lo hice sola. No, no estoy hablando de un hombre que me dio su abrazo. No es mi papá, no es el de los rulos. Eres tú, amiga.

¿Te acuerdas que íbamos a clases de spinning sagradamente todos los días, que fumábamos marihuana para dormir la siesta, que veíamos *Clarence* como cabras chicas, que te ayudé a vomitar y que me abrazabas aunque yo no quería? Uña y

mugre.

Donde estabas tú, estaba yo. De lunes a viernes, juntas. Cuánto nos queríamos, amiga. Parece que todavía te quiero. Todavía te quiero, ¿y tú?, ¿ya me olvidaste o aún recuerdas el infierno al que sobrevivimos juntas?

Ay, amiga. Me dueles todos los días. Te lloro regla por medio. A veces me meto en ventana incógnita a ver tus tuits para saber si estás bien. Te ves feliz y me gusta que seas feliz. Pero me gustaría que fueras feliz sin odiarme. No estoy hablando de ese odio sonso que sentías cuando me dormía primero que tú y te dejaba toda volada con ganas de conversar. Estoy hablando del odio real millenial, de bloquearme de tus cosas, de transformar nuestros chats eternos en un simple ¿cuándo me vas a pagar?

La verdad, ella siempre se dormía primero, y no me quedaba más que respetar el silencio de su morada viendo monitos en volumen –10. Esa semana, la primera de marzo, la historia fue distinta. Fui yo quien me dormía en cuanto tocaba sus lindas sábanas color agua, y ella, con su pelo clarito, me molestaba por ser tan pajera si recién venía llegando de vacaciones. ¿Y si estoy embarazada?, le pregunté varias veces. Cómo se te ocurre, obvio que no. Cómo tanta mala suerte.

Algo me decía que sí. Más allá del hecho de haber tirado sin protección en mi día más fértil y tener todos los cuasi-bebés con rulos en mi interior. El olfato que sentía el olor a wantán diez cuadras antes, el cambio de sueño, el apetito inexistente por el miedo, las clases de spinning más flojas del mundo, el susto. Ese susto paralizante que no apareció cuando lucía regia con mi vestido turquesa encima de él. Perdón, marihuana, por culparte de mi exceso de cansancio.

Filo, tuve que esperar. Esperar porque no llevaba ni una semana embarazada y ningún test acorde a mi bolsillo mostraría un resultado preciso.

Y no pude. El 6 de marzo acompañé a mi amiga-examiga a hacer algo a algún lugar. Siempre tenía que ir a comprarse algo o pagar algo o buscar algo. Caminamos por Universidad de Chile, fuimos al malí chino, entramos a una tienda de peluches en la que estuvimos harto rato, porque ella tiene sobrinos y siempre pero siempre tenía que ver algo para sus sobrinos. Y yo, como no tengo sobrinos ni relaciones con guaguas, estaba ahí, revisando los VHS a quinientos. *P,[1] ¿préstame plata? Me quiero hacer el test*.

Primer test negativo. Negativo.

Celebración. Felicidad. Miedo.

¿Por qué no estoy sangrando?

Segundo test. Confuso. Borroso.

Lo hice mal, ¿cierto?

No tengo más plata para hacer otro.

Celebración. Felicidad. Miedo.

No quiero conseguirme más plata.

No tengo. No quiero.

Por esos tiempos, mi círculo de amigos se había trasladado a Maipú, cerca de donde vivía mi compañera de aventuras. Entre los Gonzalos, los Sebastianes y los Camilos, estaban las Camilas. La Muñoz y la Navarro. La segunda, estudiante de medicina, fue la primera en pegarme una cachetada de realidad. Hazte un examen de sangre y sales de la duda mejor, comentó en un carrete de cervezas y pitos, que por esos días me mareaban mucho más de lo normal. Yo sabía. Lo sentía. Así que me volví a barsear con P, que siempre el me acompañó ese sábado 7 de marzo al nefasto Integramédica de la Alameda.
11 a. m. Nadie en la sala de ginecología. Hola, quiero hacerme el examen de sangre para saber si estoy embarazada, le dijo mi amiga a la señora con cara de poto que tomaba desayuno. Lo dijo ella porque, hasta donde sabíamos, era parte de una isapre que iba a permitir que todo el trámite saliera un monto que fuese capaz de devolverle. Burocracia. Para hacerse el examen hay que tener una orden con el ginecólogo.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

$35.000 + $11.000 = $46.000

Mientras esperábamos que llegara el señor en cuestión, me aprendía su nombre completo, la dirección, el RUT y teléfono. Me iba a hacer pasar por ella. Íbamos a engañar a todos. Ella ponía el dedo, yo me sometía a la consulta, total, éramos dos amigas inseparables, una acompañando a la otra. Nadie tenía

por qué saber que la que prestaba el dedo no era la embarazada.

Los resultados van a estar el lunes a las seis de la tarde en la página del centro. Entra con su RUT **y** listo, dijo la señora, que no quiso sacarme sangre hasta que le mostrara mi carnet. Al final nos dimos vuelta el centro médico. No es como si a alguien le importara realmente. Con esa minivictoria sobreviví todo el n de semana, esperando el maldito lunes a las seis de la tarde.

¿Qué fue de los rulos durante esa semana? Nada. Hace un rato las cosas estaban desinflándose. Yo tenía otras cosas en la cabeza. Él ya no me tenía en su cabeza. Siete días sin hablar más allá de un deslavado saludo.

De todas formas no había tiempo para eso. Por esos días la culpa recaía solo en mí —eso decía la angustia—. No pensé cosas malas sobre él y me dispuse a seguir en modo solita, con mi bonita y querida amiga P. Por esos días tenía veinticuatro años y un mundo de ignorancia y pecado, esa sensación tan cristiana que me metió a la fuerza la sociedad de monjas que no dejan de poner su rosario en vaginas ajenas mientras muestran guaguas trituradas. Esa que instauraron los seguidores del Gran Hermano.

Sagrado lunes 9 de marzo del 2015. Llegamos de spinning, nos hicimos un plato gigante de ensalada, dormimos siesta. A las cinco con cuarenta y cinco de la tarde desperté con el sol en la cara y abrí el mismo computador en el que escribo esto —[que en paz descanse] resucitó, esta historia ha sido larga—. Quince minutos y los nervios a más no poder. Mi amiga seguía durmiendo. Me metí a Integra-médica, bajé mi archivo, abrí

Facebook y le pedí ayuda a Navarro, la que sabía.

Claro. Estaba superembarazada, los 500 niveles de hormona beta-hCG lo confirmaban. Solo me quedaba plata para abrir Google y buscar alguna magia que me hiciera revertir esta situación. ¿A qué llegamos? Al misoprostol. Por primera vez en mi vida supe que la dosis correcta de estas pastillas podía engañar a tu cuerpo, que se inventa contracciones para expulsar ese minúsculo saquito que todavía no tiene cordón y que, por ende, no es una persona. Uno de los tantos mitos que fui capaz de derribar en el proceso: nadie iba a ser triturado, ni se le iba a succionar la casita, ni ningún otro invento de las monjas del segundo B. Simple. Algo así como la pastilla del día

después, pero al mes.

P, estoy embarazada. La zamarreé para que abriera los ojos. Nos metimos a las páginas que salieron primero en la búsqueda y ella surfeó por la información. Yo, petrificada. No recuerdo haber llorado. Me acuerdo que tiritaba. Mi mamá estaba a media hora de llegar a la casa y yo no sabía de qué color estaba mi cara. No voy a ser mamá. No voy a ser mamá. No voy a ser mamá. Va a llegar mi mamá. Qué le digo a mi mamá. ¿Que voy a ser mamá? *Hola, mamá, voy a ser mamá*. No.

Una y otra vez me dije *no voy a ser mamá*. ¿Pensé algún momento en serlo? No. Estaba titulada, mi familia me iba a apoyar y hasta el chico de pelo de nube podía hacerse presente con plata y apañe afectivo. Pero yo no quería tener un hijo. De qué sirve el techo, la comida y la educación cuando no hay ímpetu y decisión. Yo no quería tener un hijo. Todavía no quiero. No. No. No. Y no era un estado de negación, era una decisión pensada, meditada, adulta, y la más responsable que pude encontrar. Posiblemente me hubiese enamorado de mi hijo a primera vista, como todas cuentan, como todas relatan, pero yo no quería. No voy a tener un hijo que seré incapaz de querer.

Encontramos una página promedio con un número de contacto. Amiga bonita y querida hizo todo: llamó, consultó precio, se aseguró de la veracidad y calidad del producto y agendó el encuentro.

Siete de la tarde del 9 de marzo del 2015. P y yo en la plaza Santa Ana esperando al dueño de la pastilla que me iba a salvar la vida. La primera de tantas pastillas que me salvaron la vida poniéndola también en riesgo porque así lo quiso el dios de algunos. El maldito Gran Hermano sin Nakasone que me

impedía ir a un hospital y decir con soltura *hey, no quiero ser madre*. Hazme exámenes. Aborta. Transfórmame en abortista. Quiero ser abortista. Si de algo quiero ser madre es de mi decisión. Mi decisión.

Decisión = condición humana.
Madre = condición de mujer.
Me estoy reconociendo en la norma, como se disfruta vernos, reconociendo a mi hijo. La decisión es un mecanismo de validación que deseo.

Obvio que sé abortar

con un poquito de ayuda de mis amigas

Pensaba no decirte pero mis amigos dijeron que era lo más correcto. Estoy embarazada y no tengo ganas de tenerlo, le escribí por WhatsApp al, por esos días, distanciado compañero de intimidad, mientras esperaba en una banca de la plaza. Pedazo de respiro en pleno centro de Santiago, repleto de alumnas del Liceo 1 que fumaban y cacareaban sobre sueños y pinches en sus incómodos jumpers. Lunes, el superlunes de marzo. Los niños al colegio, los jóvenes a la universidad, Bárbara a abortar. El primer encuentro. El primer dealer.

Primer Dealer

buzo y desolación

8 pastillas

Mi amiga tenía experiencia. Un poco. No quiero sacarla del clóset. Cuando vivió algo similar tenía casi diez años menos que yo, que me deshacía en nervios con tenida de spinning en una maltratada reposera de Santa Ana. Su red de apoyo era totalmente distinta: ni para bien ni para mal. Y sus recuerdos se mezclaron con los prejuicios, los miedos y el paso del tiempo. Pero ahí estaba, dándome tips, haciendo memoria de sus oscuros días, pensando en amigas-conocidas de la vida que pudiesen entregar algún atajo al infierno al que nos dirigíamos sin escala. Directo al infierno, al mismísimo hoyo de perdición. El lugar al que el Gran Hermano nunca va ni quiere que vayas.

Diez minutos.
Quince minutos.
Wasap del primer dealer, wasap del chico de rulos. ¡Apúrate! ¡Cállate!
Cigarro, náuseas, susto.
Mi mamá ya debe estar en la casa.

No sé qué decirte, estoy helado, o algo así fue la respuesta de mi pinche, que se esmeró en demostrar un apoyo que tildé de desaliñado. Ni un llamado. Ni un mensaje de voz. Un par de palabras frías. ¿Inseguro o nervioso o petrificado de miedo? Qué sé yo. Tenía suficiente con esa banca que afirmaba mi poto mientras esperaba una respuesta que ni siquiera era la suya. Quería ese mensaje, esa maldita confirmación:

Llegué.
1. Buzo térmico.
2. Zapatilla deportiva.
3. Gorra de alguna marca con lema alentador como «Nada es imposible» o «Nunca dejes de creer».

Era un niño. Uno que cultivaba el look urbano-deportivo mal llamado alguna vez peligroso. Como esos a los que siguen en el supermercado. Esos a los que las abuelas le temen en la micro. P, buena para el prejuicio como ella sola, de inmediato sacó su lado «conmigo no, perrita». Yo era una masa y poco me importaba la zapatilla del amigo en cuestión, si en su visualmente desagradable ropa estaba lo que yo necesitaba para dejar de pensar en qué responderle a mi examor o cómo pasar piola en mi casa, a solo cuadras de esa plaza que no dejaba de recibir decenas de niñas con sueños y desinformación sexual.

De dónde habían salido las pastillas, cuánto costaban, cómo se

hacía y las promesas de que el producto era de calidad fueron tópicos de mi amiga. Supongo que recién en ese momento, cuando tuve al jovencito de la tribu urbana de la pichanga al lado mío, caí en cuenta de qué estaba pasando.

Embarazada. Bárbara embarazada. La misma que por esos tiempos pensaba que la responsabilidad tenía que ser inquebrantable, porque ese era el camino que las chicas fuertes e independientes debían tomar para ganarle a la vida. El tema aquí es la decisión. Y el infierno. Ese infierno que empezó a tomar vida mientras P enfrentaba al térmico boy por cualquier cosa que le pareciera sospechosa.

La casa. Caminamos de regreso por Manuel Rodríguez entre las bocinas y la gente cansada de andar siempre con prisa. Como nosotras, que íbamos con el bajón de la euforia, de haber salido corriendo como drogadictas a comprar la primera oferta que se nos cruzó. Poco pudimos discutir entre mi desesperación y la postura de líder de mi amiga, pero ya estaba hecho, la plata estaba gastada y solo nos quedaba dar vueltas en los mismos temas, una y otra vez, para convencernos de que todo esto sería un trámite sin riesgo ni infiernos.

Efectivamente mi mamá ya había llegado. Noble, cansada y puntual. Pasamos rápido al lugar en el que todo iba a suceder, aunque no todavía. No es así de fácil la historia, a pesar de que me hubiera encantado que el resto se resumiera en un «llegamos/lo-hicimos/limpiamos/nos-fuimos», pero, como cualquier aborto en la clandestinidad, las vueltas para conseguirlo son bastante más largas. Y caras.

A menos que el apellido y el contacto de la hipocresía esté de tu lado.

Yo no tenía ningún vínculo conocido con alguna abortista de clínica y, aunque pensé en la posibilidad de investigar para dar con el dato, sabía que mi billetera no iba a dar el ancho. Pude haberme aguantado, sí. Sentar a mis papás y explicar todo de manera controlada y sin llorar para recibir algo de plata. Hacer lo mismo con la otra mitad responsable del crescencio y hasta organizar una completada bailable con tocata para costear mi paso por alguna clínica-boutique-residencial dispuesta a recibir a este ser que se las ingenió para llegar al círculo abortista de las Marías y los Josés.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.000**

$35.000 + $11.000 + $60.000 = $106.000

No me aguanté. No aguantarse como respuesta a la inexperiencia. Porque aun cuando Camila me dijo *es* positivo, llama para una eco, y me mandó un número e insistió en la importancia de confirmarlo, me había perdido en el positivo.

Desde ese positivo cada segundo que pasó fue un segundo que estaba malgastando. Un segundo más embarazada. Como si tuviese un temporizador adentro a punto de llegar a cero. Supongo que estaba corriendo contra mí, peleando con la ansiedad amplificada que perturbó cada respiro, pensamiento y actitud que tuve desde ese lunes.

Me recuerdo sentada mirando las pastillas, mientras la P se movía de arriba abajo. Habló con un amigo nuestro que trabajaba en minería que no estaba en la ciudad y que tenía la

suficiente confianza con nosotras como para darnos la libertad de ir y decirle a su roomie que nos dejara entrar para pasar la primera noche de nuestra misión en su cama.

Me mantenía entretenida con ese relato, me contaba cosas: algunas cotidianas para que me olvidara de lo que pasaba, como la clase de spinning o el pelo de alguien, y otras más profundas y severas, como las palabras de aliento que buscaba cuando se acordaba de por qué estaba ahí conmigo, buscando una toalla o una vela.

Ya. **Es la hora**.
Cojín en el poto. Toalla sobre el cojín.
Cadera elevada. Vela con condón en mano.
Pastilla en la vagina y empujar con la vela
hasta que llegue a la entrada del útero.
Repetir.
Esperar dos horas. Pastilla sublingual.
Repetir. Esperar.
Ahí estábamos, viendo tele. P al lado derecho,
junto a la ventana. Yo en el izquierdo,
cerca del baño.

¿*Qué hora es*?, preguntaba a medida que empezaba a luchar con los retorcijones, dolores de regla sin regla. Soy de menstruaciones rudas, de quistes y síndromes preperíodo intensos, así que era como un cólico llevadero, y cuando las horas de espera habían pasado, me levanté al baño con un solo

sueño: me voy a sentar, voy a sangrar y todo esto quedará en la categoría de anécdota. Pero eran casi las doce y ninguna parte del sueño se cumplía. Solo una que otra puntada que mi amiga calmó con cigarros corrientes y marihuana, mientras me explicaba que cuando saliera el óvulo fecundado iba a sentir lo mismo que se siente cuando sale un pene de ti.

Desperté a eso de las seis de la mañana bien confundida. No estaba en mi casa. Estaba en una cama ajena, adolorida, asustada. Corrí al baño. Unas pequeñas pintitas de sangre mancharon el papel cuando me limpié. Alegría porque estaba funcionando, por fin, así que volví a dormir hasta que el sol de Eleuterio Ramírez nos dio en la cara y era hora de la realidad-real, la del matinal en la tele y día laboral por delante. Arreglamos las cosas, volvimos a mi casa, fuimos al gimnasio como siempre, abandoné la clase a medio andar porque la molestia era mucha y volví a mi cama. El sangrado había desaparecido y yo, que me atrapo por todo, ya estaba entrando en un nuevo nivel de desesperación.

No tengo más plata. Qué voy a hacer. Y otra vez tenía que esperar y yo odio esperar porque soy impaciente y ansiosa y en ese momento era una impaciente ansiosa embarazada.

Parece que fue el miércoles que decidí hacerme otro test. Uno barato. Positivo. Seguía positivo. Seguía igual de embarazada y ciento seis mil pesos más pobre. ¿Qué viene ahora? Una nueva salvada de mi amiga bonita: la primera eco, lo que debería haber pasado antes de la primera dosis y de todos esos pitos y cigarros y paseos al baño perdidos.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $11.000

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $60.000

PRIMERA ECOGRAFÍA: $22.000

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 = $128.000

Tercer piso de un edificio viejo en pleno paseo Ahumada. Todo amarillo y de baldosas. Una señora que termina de comer el arroz de su pote nos dice que esperemos un poco, que luego de la única pareja que había en la consulta veníamos nosotras. Nos sentamos en los incómodos asientos y solo faltó que empezara a sonar «Tribunas del futuro pobre» para hacer de la escena un nudo en la garganta eterno. El chico de al lado acariciaba la panza de la minimamá y yo pensaba en cómo representaban todo lo que no quería. Ya lo sabía mi pareja, que se ofreció más de una vez a acompañarme en esa incómoda espera de marzo, pero yo estaba en un caos mental demasiado grande como para sumar la escena de tenerlo al lado forzándose a acariciarme como lo hacía el niño a mi derecha. O tenerlo llorando, mientras yo evitaba hacerlo. En mi cabeza, era algo tan mío que no necesitaba nada de eso. No me ha llegado la regla y hace unos días tuve un sangrado ligero y extraño, le dije al encargado de la eco a medida que me iba sacando los calzones y me acomodaba en la camilla. Un poco de gel y a examinar. Estás embarazada. Es superpequeño, sale de la boca del especialista, y P me mira con la cara de color rojo de rabia o miedo o pena o todo. Dimos las gracias, pagamos y nos fuimos con una foto de mi hijo en el bolsillo, no sin antes quebrar en llanto en el paseo Ahumada. La primera foto de mi guagua.

Volver a Google. Leer más sitios de diseño aberrante y plantillas en lila y rosa. Agregar números a mi agenda. Contar

de nuevo la misma historia: mira, tengo tres semanas, lo intenté y no resultó. Me dijeron que las pastis eran falsas, que me las puse mal, que la dosis era muy baja y otros datos que fueron iluminando el oscuro camino del conocimiento abortista. Este es el punto en el que dejé de creer que todo lo que tenga relación conmigo es controlable por mí. Estaba cansada de estar cansada en una situación que debió haber sido bastante más fácil. Pensar en frío el hecho de irte quedando sin opciones fue apenas el comienzo del infierno.

En este punto, P empezó a ser, en chiste y en serio, el papá oficial de mi aún-no-hijo, y en esa condición es que su aporte sumado al de un incómodo y moralista conocido de la U, lograron una nueva dosis.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.0000**

PRIMERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

SEGUNDA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 + $120.000 = $248.000

Segundo Dealer
cola en moto
20 pastillas

Estación Del Sol. Ya era de noche. Aparece un hombre alto, robusto, vestido con chaqueta de cuero y bolso cruzado. Anda en moto, tiene gestos delicados de manos y está nervioso. Nos hace muchas preguntas y logra calmarse convencido por las lágrimas. No puedes tomar ninguna pastilla que te alivie el

dolor, solo aspirina si es que estás con fiebre. No marihuana, no tecitos de hierba.

—¿No puedo fumar marihuana? —salté con ataque. Literalmente, grité. Medio angustiada, medio tropezándome con la madre del cordero.

—Estás loca —me dijo el cola en moto cagadísimo de la risa—. Pucho sí. Coca-Cola. Café. Cosas que te mantengan activa y ayuden a las contracciones de las pastillas.
Parece que con mi amiga nos habíamos perdido de una parte clave del proceso y arruinamos todo a punta de pito. Lindo pito. No quiero culparte, pero no sirves para abortar.

Ya. Es la hora.
Cojín en el poto. Toalla sobre el cojín.
Cadera elevada. Vela con condón en mano.
Pastilla en la vagina y empujar con la vela
hasta que llegue a la entrada del útero.
Repetir.
Esperar dos horas. Pastilla sublingual.
Repetir. Esperar.
Esta vez en mi casa, disimulando
como si nada.
Mamá viendo tele. Mamá en la cocina.
Mamá con su copa preguntándole alguna
banalidad del día a su hija que estaba a meses
de ser mamá.

Madrugada y ya es viernes. Sangrado ligero. Dolor intensificado. Bromas sobre no poder fumar mientras estoy tumbada en la cama, chocha porque me habían comprado una bebida, uno de los dos antojos que tuve durante mi fugaz embarazo. Risas y tallas. He he. Pudimos mirarle el rostro a la madre del cordero y estábamos plenas porque en un par de horas todo iba a ser pasado. Borrón y cuenta nueva. P, lista para ir a trabajar en su turno de fin de semana sin estar preocupada por mí, y yo, regia cubriendo Lollapalooza.

Esa mañana, tipo once, estaba en un evento universitario que me tocaba cubrir. Uno de mis trabajos de recién titulada, que poco apañaron en el gasto de querer tomar una decisión que se entromete con el poder. Algún tema latero era, como siempre. Me paré y fui al baño porque eso era lo que hacía todo el maldito día. La nueva rutina: sentarse, cerrar los ojos, ¿rezar? No, no rezar, aunque *sí* pedirle a alguien supuestamente superior —que ahora puedo identificar como un doctor con muchos años de estudio— que me sacara esta cosa de adentro. Limpiarse. Sangre. Ningún pene saliendo de mí.

La rutina de siempre cambió, porque entre el rezar sin rezar, la limpieza y la clásica mirada a la taza para ver si había pasado algo, vi lo peor. Una pastilla. Algo así como treinta mil pesos nadando en el wáter de la universidad. Algo así como otra esperanza que iba a terminar en el desagüe.

Sin pudor ni asco metí la mano al baño. Saqué la pelotita. La probé. La probé y me puse a llorar. Otra vez no estaba funcionando, otra vez perdí los límites y me encontraba haciendo cosas que no tendría que hacer solo porque no podía ir a una clínica y tener un proceso ambulatorio resguardado e higienizado. No, todo lo contrario. Encerrada en el baño

probando restos de pastillas sacadas del wáter. Y era pastilla. Y me volví a sentar desconsolada. Y salió otra entera. Y la historia se volvía a derrumbar en un cubículo del barrio universitario mientras yo saboreaba mi endometrio y mis ahorros.

En una de esas, el resto de las pastillas se junte con el poder de las anteriores y resulte igual. Con ese aliento paupérrimo que fue reforzado por mi amiga, entré en una nueva etapa de paciencia. No podía volver a intentarlo al otro día porque 1) sangrado había, 2) tenía que pensar de dónde sacar más plata, y 3) tenía que ir a trabajar durante todo el fin de semana.

P no me podía acompañar en la angustia que venía porque sus turnos la obligaban a desaparecer sábados y domingos. Recurrí a mi amiga más vieja de todas, Alis, que desde 1996 vive aventuras conmigo. Ahora era tiempo de una un poco más peligrosa y aburrida: acompañarme por dos días en la tortura de escucharme hablar todo el tiempo sobre mi no aborto mientras veíamos a cientos de bandas alentadas por coronas de flores y palitos para selfis. Según ella, había funcionado. Su instinto de estudiante de enfermería se lo decía y era un poco de falsedad que me venía bien al corazón. La necesitaba al lado porque me podía pasar algo con tanto ajetreo y calor y misoprostoles y pena. Ella podría atenderme en caso de cualquier emergencia. No necesité asistencia médica aunque sí emocional.
Llegamos al parque O'Higgins y partimos al escenario más lejano de todo el evento, el hoyo fúnebre que recibe a los artistas nacionales que ganan un equivalente a seis tickets. La primera banda que figuraba en mi lista de deberes era amiga del sujeto en cuestión, y no tardé más de tres canciones en verlo a lo lejos y entrar en pánico silencioso. Lo vi y recordé

que me gustaba, que era más que un fantasma que estaba alejando porque podía. Me gustaba su pelo y su presencia, y en ese momento la quería cerca. De alguna manera terminamos uno al lado del otro, conversando sobre cómo mis ya dos intentos habían sido el peor tiro por la culata. Me abrazó y pude llorar con alguien que lograba dimensionar el miedo que sentía. Creo.

Ahora cada vez que escucho el gran hit de esa banda, aparece la imagen en mi cabeza. El abrazo incómodo y necesario, en medio de un festival lleno de gente divirtiéndose cuando yo me quería morir. Dos expertos en nada tratando de darle cara a la irresponsabilidad mientras veíamos bandas en vivo. Vaya privilegio vacío, vaya posibilidad de hacer lo que tienes ganas, como trabajar cubriendo un festival, y vaya vacío ese de nadar en la angustia de no poder hacer algo con tu cuerpo.

Fue un fin de semana horrible. No recuerdo mucho más que ese encuentro en La Cúpula, que me tuvo todo el día con tiritones de persona supuestamente enamorada y embarazada. Imagino que perdí todo el domingo observando de reojo a las miles de personas para ver si aparecía otra vez, pero no pasó. Ni él apareció de nuevo en ese parque ni yo boté lo que tanto anhelaba.

A la mierda todo. Ese lunes, después de terminar las notas del peor festival de mi vida, llamé al pésimo banco y pedí la activación de una tarjeta de crédito que nunca tuve interés en utilizar. Gracias a mi ejecutiva de cuentas conseguí más plata, volví a internet, volví a P, volví a spinning. Adiós, fin de semana de mentira. Bienvenida, realidad. Otra vez. Esta vez sin bichos ni camping. Más cansada, pobre y desesperanzada que en mis primeras vacaciones familiares, con hijo y todo.

Fue en esta pasada cuando uno de los tantos dealers que contacté por mensajería me hizo llegar el manual de la Línea Aborto Libre. Un completo documento donde me di cuenta de que las semanas que tenía de embarazo pudieron ser una gran justificación del fallo. El ideal es estar entre las cuatro y ocho semanas de gestación, y yo figuraba con dos intentos con tan solo tres. O sea, estaba disparándole a nada, mandando pastillas para algo que no estaba ni bien posicionado aún. Recuerda: el pito no sirve y debes tener entre cuatro y ocho semanas de gestación.

A dar la cara de nuevo, esta vez con mi ángel personal del aborto. Mi verdadero dios. No. No dios. Dios.

Tercer Dealer
prometo que te haré abortar
32 pastillas

Dios era estudiante universitario. Genuinamente espero que haya terminado su carrera. Tenía un auto. Él era grande-grande y tomaba chela. No es que haya andado en auto con él o nos fuéramos de copas a algún elegante sucucho de República, pero hablaba y contaba anécdotas sobre su auto y su carrera y sus amigos y la chela en vaso plástico. Parece que tenía mi edad. Lo contacté por WhatsApp y me dio como punto de encuentro el bandejón de la Alameda, el martes 17 de marzo.

Ya no sé si me venden cosas falsas o si no lo estoy haciendo bien pero nada funciona: esa fue una de las frases que le tiré al tercer dealer esa noche, la misma que ya me sabía de memoria. *No te preocupes, prometo que te voy a hacer abortar*. Me lo prometió con una convicción que extrañé ver en mi padre cuando cargó el auto y se fue, la misma que extrañé en mi pinche cuando

solo atinó a abrazarme incómodo en Lollapalooza. Toda mi vida esperando por promesas de ese nivel, con esa convicción.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.000**

PRIMERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

SEGUNDA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

TERCERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 + $120.000 + $120.000 = $368.000

Conversamos sobre el tema de las semanas, el pito, la vela, la Coca-Cola, los peligros del negocio y la clandestinidad y, luego de sollozar un poquito, fue hora de volver a intentarlo. Ahora nada podía fallar. Llamé a la polola de mi hermano, que en ese tiempo recién cursaba su segundo año de obstetricia. Sabía cómo funcionaba una vagina y dónde estaba la puerta de mi útero, y yo no necesitaba nada más que eso. Así, una vez más, el pudor fue un supositorio, y ahí tenía a Ceci entre mis piernas, metiéndome dedos por los orificios.

Ya. **Es la hora**.
Dos cojines en el poto. Dos toallas sobre
el cojín. Cadera elevada.
Sin permiso para moverse por más de seis
horas. Pastilla en la mano de Ceci.
Ponerlas a la entrada del útero.

Repetir. Esperar dos horas.
Pastilla sublingual. **Repetir**.
Esperar.

La misma historia con pequeños detalles que fueron aportando al éxito de la misión, como la compañía. Esa noche fue especial porque no solo estaba con P, también estaban G y J. Mis tres mejores amigas del cuarto de tripa que llevo viviendo. La última, compañera de colegio desde el 2002. La segunda, amiga de la juventud con quien pasé dos de los mejores años de descontrol. Y P, que ya no es más mi amiga. Aunque hasta ese momento lo era, y era la más y, como tal, puso el orden. La única que no se durmió en esa velada que tuvo pipazos para ellas, Fanta para mí y una bolsa de galletas saborizadas asquerosas. ¿Acaso síntomas de embarazo?

Sangrado.

Dios,[2] no pasa nada. Le mandé un mensaje el miércoles a la hora de los matinales. ¿En serio de nuevo no pasó? Saqué la vela y la cambié por una futura experta. Puse dos cojines, dos toallas. No fumé, no dormí. La desesperación que se alejaba cuando estaba en el proceso volvía otra vez. Esa era la parte más difícil y fuerte porque no quería estar pasando más por esta historia, no quería ser madre. Estaba aburrida de andar disimulando cosas en mi casa, de mirar el teléfono esperando alguna cursilería con emojis. Me estaba pesando depender y agotar tanto a mi amiga con todo este recorrido. Estábamos fatigadas física y mentalmente. Ya llevaba casi cuarenta pastillas de misoprostol en el cuerpo.

Fueron días largos y noches interminables. Nubes de dudas y

miedos que con el tercer intento evolucionaron de nivel.

De pronto ya no me importaba haber sido irresponsable o no haber pasado por una farmacia antes del camping familiar. Después de ese intento empecé a sentir odio por mí y por lo que estaba pasando adentro de mi útero. Odio que llevó a encerrarme en el baño a pegarme combos en la panza baja, a dejar de comer, a terminar de convertirme en una adicta a la nicotina y a la ansiedad. En mi alterada cabeza, era él o yo.

Haz tu día normal y, si el sangrado para, mañana te haces una eco. Tal vez tienes un embarazo ectópico.[3] Así que mi intento de hijo podía andar fuera de mi útero.

El sangrado paró. Vino la catarsis. El miércoles partimos al mismo centro de exámenes del paseo Ahumada. Las mismas baldosas tétricas y la misma señora del arroz. Esta vez, entramos de inmediato, y una mujer había reemplazado la labor del señor de hacía unos días.

Por lo que sé estoy embarazada pero ando con un sangrado extraño. Quiero saber si todo está bien. Gel. Maquinita. Latidos. ¿Le subo el volumen? Yo no le respondí. P le dijo que así estaba bien y empezó a interrogarla por el estado de *su* hijo. Está todo bien, un poco pequeño, ¿fumas? Estaba todo bien. Mi odio se transformó en ira por volver al estado cero, y quise gritar que me había fumado a propósito todos los cigarros que encontré y que iba a seguir haciéndolo si de eso dependía salir de este infierno.

Por primera vez estaba viva. Viva y llena de malos sentimientos. Ardía de frustración y me acordé de Valentina, y de las Marías, y de P menor de edad, y de tantas otras que ni

siquiera llegan a esta parte del relato. Salimos destrozadas. Esta vez sin foto de mi deforme y enano hijo. Ni siquiera me importaba disimular que llevaba noches enteras llorando.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.000**

PRIMERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

SEGUNDA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000** TERCERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

SEGUNDA ECOGRAFÍA: $**22.000**

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 + $120.000 + $120.000 + $22.000 = $390.000

Ardo. La cabeza caliente por dentro y por fuera. Mi frente arde, todos mis pensamientos arden. Quiero arder pero no de esta forma. Quiero verlos a todos arder. A las iglesias, a las que dan la espalda, a los que se entrometen. Prenderle fuego a la moral, a tu moral, a tu moralina.

El paseo Ahumada en marzo es el infierno. Gente apurada, triste, cansada. Tercer mes y ya nadie puede más, y yo soy nadie y no puedo más. El sol me sofoca. ¡Maldito sol de Santiago! No lo invité a esta segunda y truncada cita clínica con ese gel de ecografía, que llegó fresco como la esperanza sobre mi barriga, y que en segundos adquirió temperatura ambiente, convirtiéndose en desesperación tibia y mucosa.

Quiero volar en llamas y por primera vez el sol haría todo más fácil porque deseo explotar en medio de La Moneda para que mis pedazos salpiquen a las cuatro C.

1. Clínicas
2. Catedrales
3. Calzoncillos
4. Congresistas

Todo derrumbándose frente a mis ojos de lava. Todo derrumbándose gracias a mí y a este sol que no me deja ordenar la cabeza ardiente que menos chance de claridad tiene cuando llego a la Alameda. La Alameda no me trata mejor, por estos días nadie me trata mejor.

¿Ya estoy ardiendo o solo tengo fiebre? Tal vez es el sol o la gigante arteria capitalina llena de micros naranjas como las llamas de la barricada que quiero pararme a prender frente a la Universidad de Chile, donde hay tantas como yo. Tengo que apurarme y escapar del centro lleno de asfalto asqueroso por el calor que no es culpa de mis llamas.

Si exploto será desde mi pieza, que queda cerca de La Moneda. Y no sé si voy a lograr chorrear fuego a todo lo que quiero, pero será algo similar. Tan cerca estoy de mi cometido que se ve truncado una y otra vez por este sol que no invité.

Hay más de treinta grados. Hay más de treinta grados en mi cuerpo. Me asusta pensar que la cifra sea proporcional y que cuando las píldoras lleguen a sesenta el termómetro se eleve al mismo número. Yo no podría soportar sesenta grados en el paseo Ahumada, ni en la Alameda, ni en La Moneda, ni en mi pieza.

Necesito que me ayudes a estallar antes de que lleguemos a sesenta.
¡Ayúdame a estallar!

Tú o cualquiera.
Hazme estallar, que mañana la temperatura es de treinta y cuatro y eso significa cuatro pastillas más.
Ya no quiero sudar más, deseo arder de verdad.

Antes de volver a casa para un nuevo intento, tuve una de las contradicciones más grandes a las que me enfrenté durante este proceso. Quizás sea la única gran contradicción que viví. Íbamos caminando por el centro, llegando a Plaza de Armas, cuando se me cruzó la Catedral. Recordé que adentro vivía alguien que promete al nivel de mi Dios. Le pedí a P entrar.

En el preciso instante en que pasamos la amplia puerta de madera sentí el sinsentido de esta barbaridad. En lugar de ser abrazada por esta fuerza paranormal, solo recordé que estaba frente al enemigo más grande de todos. Jesús y su familia en su altar. En gran parte los responsables no de lo que estaba pasando, sino de cómo lo tenía que vivir por culpa de sus fieles seguidores y sus creencias de años remotos. Tontos.

Si en ocasiones anteriores rompí en llanto en medio de la calle, en esta pasada tuve que hacerlo bajo el inmaculado silencio que inunda todos los detalles terminados en oro y que tiene el lugar lleno de señoras rezando por sus hijos con cáncer y sus casas hipotecadas. Todos juntos, como hermanos, llorándole y pidiendo a una imagen de yeso que nos salvara de nuestros actos e impulsos, mientras rezamos diez padrenuestros y cinco avemarías. Igualito a cuando se hace la primera comunión y te obligan a pasar por la primera confesión. Así estaba yo, allá adentro. Un pez fuera del agua que pocas ganas tenía de encajar, aunque desesperado por sobrevivir. Ya po, Jesús. Haz algo al respecto ¿o quieres que me dinamite frente a ti?

Qué estaba pensando es un misterio. En mi mente pedí disculpas por ser tan barsa y estar ahí rogando por cualquier tipo de ayuda. Ya qué tanto, todo servía. Por favor, por favor, por favor, déjame, déjame, déjame, déjame conseguir lo que quiero esta vez, como diría el pésimo y senil Morrissey. Mantra ridículo, tan ridículo como los padrenuestros y las avemarías.

Y por cinco minutos me convertí en una creyente promedio pidiéndole ayuda al Gran Hermano y al resto de la mafia; de esas que, cuando ven que las opciones racionales se acabaron, parten corriendo rosario en mano. Pero yo tenía mi propio Dios.

Fue catártico, ya lo dije. Llegamos a casa y P calmó mi llanto con mi segundo y último antojo, un choripán. No sé si es relevante este pedazo de embutido o si me acuerdo de él porque estaba cortándolo cuando *enfrenté* a mi mamá por primera y única vez con respecto al tema. Hasta el día de hoy ella no sabe lo que hice, o eso creo yo. O, en realidad, creo que sí sabe pero no me lo dice. Mamá, te amo. Mamá, no pude ser mamá.

—Mamá, ¿qué pasa si estoy embarazada? —dije, parece que a pito de nada. Mi compañera me tiró una patada pero yo solo miré fijo a mi progenitora, como si pudiese contar con la mirada que estaba esperando un hijo y que su respuesta no podía decepcionarme.

Tardó harto rato. Dudó. Murmuró un par de cosas.

—No sé po, lo puedes dar en adopción...
—¿Y qué pasa si aborto?

Me acuerdo de esa frase y de cómo me metí un pedazo de choripán en la boca tratando de disimular el nudo que se armó cuando la escupí. Ni sé cómo me atreví a decir eso sin quitarle la mirada ni por un segundo. Tampoco sé si había logrado incomodar a mi madre a ese nivel en el pasado. Ya he mencionado que no somos gente que conversa de temas personales tan relevantes. Supongo que poco me importó su respuesta porque la decisión estaba tomada y no iba a flaquear ahora. Exodio, actual ira. Lista para detonar.

Dios, sigo embarazada. Me hice la eco y está todo bien, es un embarazo normal, volví a poner en la ventana de WhatsApp que ya harta pena acumulaba. Él había hecho una promesa y tuvo que adecuarse a mi billetera, que para ese punto sumando ecos, exámenes, cigarros y misoprostoles tenía cero pesos y muchas boletas de plata que debía, sobre todo a mi amiga-examiga. Me dejó la misma dosis de ciento veinte mil pesos a tan solo ochenta, que fue lo que logré conseguir, apelando una vez más a la bondad de la segunda madre de mi pirigüín.

Bandejón de nuevo. Ya era 18 de marzo y todo lo escalado parecía insuficiente para llegar a la cúspide de mi misión. Yo solo quería sentarme en esa cima, y respirar, y gritar, y estar en paz con lo que había elegido. Esta sí que era la última oportunidad que me quedaba. Lo sabían mis amigas, lo sabía la Catedral, hasta el rulos lo sabía, quien para esta altura ya estaba pidiendo un crédito bancario con el fin de salir del país y terminar con esto como correspondía: en un tratamiento ambulatorio sin riesgos.

Con el posible monto que conseguiría él, mi cabeza ya se dividía entre un aborto con el clan de las Marías o viajar a Argentina a hacerlo. Dos tácticas muy marianas a las que

estaba a punto de llegar si es que el tercer dealer no cumplía. Insensato, pero un dealer de pastillas de miso me daba más confianza que el que me embarazó. En el tormento, y en los hechos, tenía mucho más sentido depositar la falsa suerte en Dios que en un potopelado. Convertí el tema en algo personal, como debería ser. Sin opiniones dispuestas a confundirte. Sin moralina barata. Automáticamente abortar pasó a la sección «Mis asuntos» de mi cerebro y allí se quedó y quedará para siempre.

Tercer Dealer 2.0
abrázame, papá postizo
44 pastillas

En esta última pasada no fue Dios el que llegó. Un señor bajito, rechoncho y canoso nos esperaba en la esquina del mismo corredero mal cuidado de la Alameda. Hicimos contacto, me abrazó y me pasó una bolsita con la dosis, alertando que él ya sabía el acuerdo que tenía con su hijo. El negocio familiar de mi santo me daba una nueva oportunidad en una bolsita igual a las de cocaína. Mi santo personal, que con su cara chistosa y mensajes telefónicos me hizo sentir segura cuando nadie más había logrado hacerlo. Ni los centros de ecografía. Ni mi abuelo fascista. Ni el fantasma ignorante de mi madre. Ni la Catedral. El dios de la iglesia no me sirvió. Sí me sirvió Dios.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.000**

PRIMERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

SEGUNDA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

TERCERA PASADA DE MISOPROSTOL: $120.000

SEGUNDA ECOGRAFÍA: $22.000

CUARTA PASADA DE MISOPROSTOL: $80.000

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 + $120.000

+

$120.000 + $22.000 + $80.000 = $470.000

Ya. Es la hora.
Dos cojines en el poto. Dos toallas
sobre el cojín. Cadera elevada.
Sin permiso para moverse por más
de seis horas.
Pastilla en la mano de Ceci.
Ponerlas a la entrada del útero.
Repetir.
Esperar dos horas. Pastilla sublingual.
Repetir. Esperar.

P se volvió a sentar en la silla de mi escritorio, mirando sin mirar, para no ponerme incómoda. Mamá seguía sin enterarse, o eso creo yo. La verdad es que después del enfrentamiento choripán quedé con la sensación de que ella, mujer inteligente, logró unir todas las piezas de este comportamiento y terminó por darse cuenta de que algo estaba pasando. En este intento ya no me quedaban fuerzas para disimular y, si me decía algo, la respuesta solo iba a ser un océano pacífico de lágrimas que, por fin, iban a ser contenidas por el abrazo maternal y sincero. Pero no pasó. No se asomó a la pieza. Y nada cambió. Nadie me

abrazó, solo el papá de Dios.

Este intento tampoco funcionó y, aun así, la resignación no logró apoderarse de mí. Supongo que de mi amiga menos, aunque sus ojeras y la manía de revisar todo el día el estado de su cuenta me estaban dando a entender que ya no podía seguir con el mismo modus operandi. El sangrado no era suficiente, las casi cincuenta pastillas tampoco. Dios, ayúdame, por favor.

Tercer Dealer 3.0
cuando dios se transformó en Dios
56 pastillas

—Tampoco funcionó —le escribí el jueves demasiado a. m. Al mediodía recién llegó su respuesta.
—Mira, tengo unas pastillas rotas que no puedo vender pero que son lo mismo. Te las puedo regalar.
Él, el más verdadero de esta historia, me iba a regalar misoprostoles rotos.

En menos de una hora estábamos de nuevo en el bandejón. Esta vez el trámite fue harto más rápido. Ya casi que nos creíamos amigos. Me repitió las indicaciones básicas: cadera en alto, reposo, no dormirse, no pastillas, no calmantes, moverse cuando las horas de tratamiento hayan terminado. Ahora o nunca. De nuevo ahora o nunca.

Empezamos temprano la situación bebé.

Ya. Es la hora.

Dos cojines en el poto. Dos toallas

sobre el cojín. Cadera elevada.
Sin permiso para moverse por más
de seis horas.
Pastilla en la mano de Ceci. Ponerlas
a la entrada del útero.
Repetir.
Esperar dos horas. Pastilla sublingual.
Repetir. Esperar.

Ceci en mi vagina. P en la cocina. Y a esperar. Y a pensar en cómo los moretones de mi panza ya eran una realidad detestable. Sollozar porque, tal vez, algo llamado destino me la estaba poniendo tan difícil que no me iba a quedar más que ceder y caer en el peligroso juego de ser provida.[4] Yo no quería transformar esta historia en una luz cristiana que me hizo entender por las malas que cuando la vida llega, llega. Yo tuve que transformar esta historia en un infierno gigante. Mi historia no merece ser un infierno.

Ser mujer en Chile no es más que una larga lista de trancas a las que te vas a enfrentar hasta tu muerte. Desde el colegio, con tu ropa, en el amor, con tu cuerpo, en tus sábanas, en el útero y en el cerebro. Se han entrometido en nosotras hasta dejarnos al mismo nivel de una esponja, que tiene que asumir y bajar la cabeza. Yo no iba a tomar ese camino otra vez. Yo iba a morir con la estampa de asesina si es que hacía falta.

Sentí odio, sentí ira, y ese jueves sentí la desesperación real. De aquí en adelante solo quedaba empezar a confesar y volver a la idea de sentar a los papás, de exigir plata a rulos, de hacer una

completada bailable para irme a algún lugar alejado de Chile. Pero P no me dejó caer, ya ni siquiera me dejaba llorar.

Las horas necesarias de tratamiento misoprostólico terminaron y de una mecha me agarró. Había que moverse. Los dolores fueron fuertes, como si todas las pastillas que tenía adentro se hubiesen puesto de acuerdo en actuar. Fuimos caminando hasta la plaza Brasil. Dimos vueltas por ella en el viernes chico, lleno de copas, que para nosotras no tenía nada más que otra cajetilla de cigarros corrientes. Corrí. Corrí dos cuadras. Tres cuadras. Llegamos a casa. Salté arriba de la cama. Hice sentadillas. Subí corriendo desde el segundo piso hasta el último de mi edificio más de diez veces. Corriendo trece pisos de arriba abajo, para llegar agotada a la cama, sentarse por dos minutos, y que P me volviera a levantar con la poquita fuerza que nos quedaba. Subir de nuevo, bajar de nuevo. Otro paseo a la plaza. Más escaleras. Saltos. Más sentadillas. *Que se revuelva todo lo de adentro*, *que se desprenda*, mientras peleaba con la mala respiración. Que se caiga todo. Que se vaya todo lo que me tiene que dejar. No es un hijo. No está vivo. Es un maldito óvulo fecundado bien agarrado a la pared de mi útero y se tiene que ir. Él o yo. Más escaleras. Más saltos. Piso trece. De buena suerte, de mala suerte. La suerte no existe.

El sangrado ya era una realidad. Por primera vez mis calzones ameritaron recibir una toalla. El dolor era de tres o cuatro menstruaciones intensas juntas, similar al que sentí durante el primer intento, ese que fue calmado por la indebida marihuana. Muchas náuseas, mucho asco. Retorcijones. Diarrea. Diarrea que no podía salir porque la mierda se podía llevar las pastillas. Y yo no podía perder más pastillas. Más escaleras. Más sentadillas. Más saltos en la cama. A veces riendo por las tonteras que estábamos haciendo, otras llorando

porque era la última oportunidad. Ya no me quedaba cara para pedir más plata o más dosis destrozadas.

Todo estaba en crisis bajo mi cielo. Mi adolescencia se iba con cada pedazo de endometrio que manchaba la toalla higiénica. Mi cuarto era turbulencia sin ni una gota de ingenuidad más que la de creer que esto iba a ser fácil, que podía salir de esto como si nada. Me corrompieron y no fue precisamente esa noche del primero de marzo. Fue todas las que vinieron después. Todas esas largas noches en las que me di con la pared de la realidad: no puedo decidir lo que pasa en mi cuerpo.

A eso de las dos de la mañana fui al baño de nuevo. Me senté. No recé. Esta vez no recé, pero sí medité antes de levantarme, y justo en ese pensamiento se cruzó la misma sensación que describió P. Lo mismo que se siente cuando sale un pene de ti. SENTÍ LO MISMO QUE SE SIENTE CUANDO SALE UN PENE DE TI**.** Me quedé congelada unos segundos. No podía ni quería levantarme y ver que era una pastilla entera, como esa mañana en el triste cubículo universitario en el que probé mi regla por primera vez, casi como integrante de una secta.

Llamé a la mejor amiga del mundo y le mostré la taza sin siquiera mirarla. A ella tampoco le quedaba pudor, de hecho, cada vez que sentía algo extraño le mostraba el papel higiénico con mis residuos, sin ninguna vergüenza. Me quiso tanto que, de haber sido necesario, hubiese terminado con un pedazo de endometrio mío en la boca. Por suerte no tuvimos que llegar a eso y nos enfrentamos con dos cucharas al charco de orina, sangre e ilusiones. Revolviendo la sopa que significaron estos veinte días de pena, rabia, odio, miedo, soledad, desolación, impotencia, frustración.

Encontramos algo. Lo sacamos con una de las cucharas. Una pequeña bolita de grasa, incolora, rellena de sangre. Era ínfima, tan pequeña como una aspirina expandida por el agua. Nos miramos. Miramos la cuchara. Me puse a reír como una desquiciada. Ella estaba igual. Nos abrazamos tan fuerte que, aunque no sepa de P hace más de un año, cada vez que piense en esa escena voy a terminar llorando incontrolablemente como lo hago ahora, en esta misma pieza en la que hace dos años les ganamos a todos.

Celebramos sin confiarnos y volvimos a Google. Es tan acotado el dato libremente abortista que se puede constatar que nunca dimos con una foto real de algo similar a lo que yo había expulsado. La galería de imágenes es un campo extremadamente fértil de ignorancia, más ignorancia, la misma que me inculcaron las monjas con las guagüitas trituradas. Todo Google repleto de guagüitas trituradas que nada tenían que ver con la plastilina que tenía en mi mano. Sin extremidades, sin forma, sin color, sin vida. Nos acordamos de Ceci y decidimos guardar la cuchara con el cigoto-embrión-cualquier-cosa-menos-feto hasta que apareciera la novia de mi hermano, quien poco y nada se acercó en este proceso. Al fin de cuentas es hombre.

No lo voy a juzgar. Es el único de mi familia que lo sabe. Siempre lo supo. Nunca dijo algo, solo tenía esa cara de miedo, cara de desacuerdo por miedo. ¿Le habrá dicho a mi mamá? No le pregunté, pero no creo. ¿Habrá pensado alguna vez que me iba a morir? ¿En su colegio también le mostraron mujeres en el infierno y seres indefensos mutilados por la aspiradora de la maldad humana? Espero que no.

Estoy dispersa porque me llegó la regla. Todo el relato anterior

fue contado desde el síndrome premenstrual y la irritabilidad de volver al pasado. Ahora estoy menstruando, feliz porque no tengo un nuevo embarazo, y empieza la parte bonita de todo, la que me hace llorar de felicidad, la que me da ganas de recibir todos los abrazos aunque no tengan tanta convicción y la que me recarga el espíritu para que mi infierno no se replique en ningún útero más. Tengo la regla y tengo poder. Tengo experiencia y toda la ira se transformó en sed de justicia, sed de igualdad, sed de tranquilidad. No quiero más de esta historia.

Pero queda, y la mejor parte de ella.

20 de marzo del 2015. Día internacional de la felicidad.

Llamé a G contentísima para pedirle veintidós mil pesos, la plata que me separaba de la eco para confirmarlo todo. Sin dudar me transfirió y partí a un nuevo centro. No volvía ni muerta a las baldosas amarillas. Nuevamente, a mi lado estaba P, que seguía dándome bebida como esas señoras que le dan mamaderas con Pap a sus cabros chicos.

CONSULTA: $**35.000**

EXAMEN: $**11.000**

PRIMERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**60.000**

PRIMERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

SEGUNDA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

TERCERA PASADA DE MISOPROSTOL: $**120.000**

SEGUNDA ECOGRAFÍA: $**22.000**

CUARTA PASADA DE MISOPROSTOL: $**80.000**

TERCERA ECOGRAFÍA: $**22.000**

$35.000 + $11.000 + $60.000 + $22.000 + $120.000 + $120.000 + $22.000 + $80.000 + $22.000 + $22.000 = $492.000

Ya nada puede salir mal. Yo, digna. Ella, contenta. Piso de baldosa, luz blanca típica de consulta, puerta vieja que anuncia la llegada pasadas las 2 p. m. Nos sentamos en el suelo como las jóvenes que nos creemos y miramos:
Las con falda de colegio.
Las con coche.

Las flacas y las gordas.
Las llenas de arrugas, las llenas de sueños.
Y entre ellas, nosotras.

Nosotras, ni tan chicas ni tan grandes. Con algunos sueños restantes y las primeras expresiones marcadas en la cara, fatigadas. Hambrientas, por fin, después de semanas de olvidar lo que era la comida, más allá de una cocacolita o un incómodo choripán. Sintiendo la hora del almuerzo, por fin, después de vivir por semanas a pucho corriente.

Estamos contentas y hambrientas. Un estado que no sentíamos hace un buen rato. Se siente bien. Se siente como la última escala antes de llegar a tu habitación para poder tirarte en la cama propia, con esas sábanas que tanto conoces y que buenos secretos te han guardado. La última parada antes de volver a mirar a tu mamá a los ojos y sonreírle como si nada. La última antes de usar tu esponja de baño con placer y no con culpa.

Hambre y risas en la última vigilia, nuestro nuevo hobbie por esos días.

Movimiento. Nos paramos del piso. Llega él, de bata blanca, pelo blanco, bigote blanco. Ninguna característica que lo haga sobresalir de su condición de abuelo a punto de jubilar. Con él, dos jovencitas. Una directo al mostrador del pasillo interno: ella en la silla principal, nosotras en la corrida de sillones clásicos de notaría que adornan la consulta de un extremo a otro. Tele prendida, obvio. La jueza. La otra profesional, detrás del delgado doctor Simi. Pasan el umbral de Pyrex barato y no sabemos más de ellos.

Así empieza el desfile: la de coche, la de falda, la vieja gorda,

la joven flaca. Y yo. La joven-vieja-gorda-flaca sin coche ni falda. Es mi turno. Ya nada puede salir mal. Ahora sí que sí. Ya nada puede salir mal. Ahora sí.

Otra vez camilla empapelada, ¿hasta cuándo camilla empapelada? Si todo sale bien, voy a recomendar cambiar ese papel que se mueve cada vez que una se acomoda. Más arriba. No, más abajo.

Hola, ¿qué la trae por aquí?, no puedo decirte la verdad pero sí tengo una mentira bien preparada. Ya la dije muchas veces, es mi lema: que el sangrado raro, que no sé muy bien lo que pasa, que me preocupé y quiero ver qué onda.

Tus ojos de desaprobación. Tus dos ojos de desaprobación y los dos más de la virgen que nos mira al ladito de tu título universitario. Cuatro ojos mirándome raro. Tal vez son seis, pero no alcanzo a ver a la asistente que toma una que otra nota mientras el canoso aplica gel. Otra vez ese gel.

Camilla empapelada y ese gel. Esta historia ya la viví. Tengo que ir al baño. Dicen que mi vejiga está hinchada y que no se puede ver bien. ¿Sabes lo que puede pasar si vas al baño y dejas solo al doctor con sus dos teléfonos celulares? ¿Por qué tiene dos teléfonos? ¿Por qué mira así a la joven pasante universitaria? ¿Tienen un romance? ¿Tienen un plan en mi contra?

Junto la puerta ordinaria esa. Miro a mi amiga con los ojos de pepa que ya me ha visto cuando nos pasamos de madres y nos tripeamos y tomamos piscola con eme y rematamos con unas pizzas porque somos asquerosas. Pepas enormes, gigantes. Ojos de peligro, ojos de miedo. Gritar *prepárate para correr* sin siquiera

abrir la boca.

Entro al baño, que por suerte no tiene luz blanca como el pasillo. Pequeño espejo. Estoy flaca y ojerosa, ¿por eso se habrá dado cuenta el hueón de la bata? A estas alturas ya no me interesa compararlo con un doctor de mala muerte. La verdad es que tengo miedo y no sale de mi vagina nada más que dos o tres gotitas de orina. ¿Vejiga hinchada por pipí? No lo creo. Filo. Me limpio. No me lavo las manos. No hay tiempo que perder, los pacos pueden venir en camino.

Ya, ¿cómo le fue? Me acuesto otra vez. Palabras inentendibles, comunicación defectuosa a propósito. Estoy segura de que es a propósito. Por qué dice esas frases que no entiendo. Te odio, te temo. No te conozco, no te metas conmigo, dile a la virgen que tampoco se meta conmigo. Yo no los conozco, no les creo, no les temo. No a ella, a ti sí. Tú, hombre. Tú que puedes pescar uno de tus teléfonos, o los dos, e incluso tres si le pides prestado el celu a tu pinche-ayudante, y llamar al 911 como en las películas de miedo. Ahí está la virgen, la maldita virgen que no me saca los ojos de encima mientras los tuyos están mirando una pantalla a la que le doy la espalda.

Estás con sangrado. Ya sé que estoy con sangrado, por eso vine. ¿Está todo bien? Balbucea. Me reprochas. Te odio. Me odias. Nos odiamos y lo siento en tu timbre de voz. Tú sabes lo que hice. No me arrepiento. Te lo gritaría en la cara. De hecho, metería mis dedos en la vagina para sacar los restos de endometrio y cubrirle los ojos a tu puta virgen que de virgen no tiene nada, igual que yo. Ambas putas, esclavas de gente como tú. Mientras ella cuelga obligada en tu pared roñosa de consulta de mala muerte de veintidós mil pesos, yo cuelgo de la incertidumbre que aumentas a propósito. Tú y tu pelo blanco y

tu bata blanca, viejo asqueroso, que seguramente se come a su practicante que acepta asustada por miedo a perder su futuro. Todas esclavas. Yo más que todas. Yo existo. Yo no soy una fantasía delirante abortista ni soy una imagen ficticia comprada en el persa. Yo existo y tengo papel en el poto y gel en la guata. Y tú, tú tienes dos teléfonos en la mano.

Me subí los calzones como si hubiese entrado la mamá de algún pinche a la pieza, tomé mi carpeta con imágenes y conceptos inentendibles y salí, mientras el abuelo se quedó mirando los dos teléfonos celulares. Mi amiga ya había pagado y cruzamos la puerta sin pensarlo. Sentí miedo, de ese que leí en el manual cuando llegué a la sección sobre qué hacer en caso de que la policía venga a hacer más tormentoso todo. Estuve cerca de la cárcel o, al menos, de un enfrentamiento con un antiderechos en el que iba a tener que volver a exponer que sí podía pero no quería. Pocas ganas me quedaban de explicar lo que en mi cabeza dio vueltas miles de veces en las últimas noches de intentos fallidos. Ni siquiera le había explicado a mi mamá... ¿Por qué iba a tener que salvarme el pellejo explicándole mis decisiones a un hombre sin útero que en su vida me había visto?

En cuanto pisamos la calle abrimos la carpeta. Entendimos cero. Útero en tal condición, quiste de tal tamaño. Nada de feto, nada de embrión, nada de guagua, nada de aborto, nada de pastilla. Le saqué una foto que se fue directamente al teléfono de Ceci y esperamos. Esperamos mientras caminamos. Dos cuadras más tarde, mientras bajábamos por Moneda, llegó el bendito mensaje de voz de la única mujer que conoce mi vagina por dentro.

Casi sesenta pastillas de misoprostol después, ya no quedaba hijo en mi útero. Según la miniexperta, la entrada del útero presentaba todos los síntomas de haber pasado por el increíble momento de dar a luz. *Por fin, conchetumadre*. Grité en la calle y P me abrazó de nuevo. Esta vez sí que fue de verdad. Ya no había algo que confirmar ni más caminos que buscar para llevar a cabo nuestra misión. Era real. Lo habíamos logrado. Habíamos ganado.

Volvimos a casa y fumamos el pito de marihuana más grande que se ha visto en la vida, digno de Rihanna. Estábamos celebrando la victoria. Le ganamos a la suerte, al destino, a dios, al falso provida, al amiguito moralina, al terror de la familia, a la presión bancaria, a la ignorancia. Les ganamos a los dealers, a los hombres, a los doctores, a las reglas y a la ley. Las dos abortamos y ganamos. Nos volamos y lloramos porque fuimos vencedoras de verdad. No ganamos algún título ridículo en el paseo de la universidad, ni un raspe, ni un cover por ser la mesa más prendida. Les ganamos a la injusticia de ser mujeres, a la crueldad de no poder tomar decisiones sobre lo que pasa con nosotras y en nosotras. No necesitamos a nadie más que a la otra. Abortamos y lloramos. Abortamos con las amigas y en la casa. Nadie murió. Yo viví.

Yo miré al aborto a los ojos y estoy lista para contarlo. La interrupción del embarazo es la pelea, es el motor, son mis amigas, es mi cama.

Día internacional de la felicidad. Ya lo creo.

$492.000

56 PASTILLAS
O HIJOS

Hola, soy abortista

y está —casi— todo bien con eso

De alguna forma llegó abril, y el sol ya no fue tan agotador como los primeros días de marzo en la plaza Santa Ana, motivación suficiente para decirle adiós al sudor de calle y abrirle la puerta al sudor de cuerpo. Tantas partes del cuerpo. Tantas extensiones suyas para conseguir un pene promedio capaz de romperme por dentro, más que una vela. La negligencia de tratar de conocer penes cuando ni siquiera terminas de conocer tu vagina. La negligencia de Tinder.

En el mar de caca que nadie me enseñó a habitar, apareció tu cabeza. Liguria, Orrego Luco, Bar de René, tu casa. Tomar harto en tu casa linda, de buenos libros y buenos discos. Fuimos a tu pieza. Lloré. Tus sábanas blancas, tu cara de incomodidad. ¿ Por qué los hombres nunca ofrecen comida? Tu historia parecida con una ex. Unos besitos. Unos abrazos. Esta cabeza no está ni cerca de soportar un lagrimeo por una decisión tan corriente y común como abortar. Chao, que te vaya bien.

Match, match, match. El chat de esta hueá es pésima, hablemos por WhatsApp. Coqueteo, selfi. Mansos discos. Apareció tu corazón en un auto feo que nos llevó al Cajón en busca de nieve donde tomamos chocolate caliente. Cálido, quería que tu corazón fuese cálido. Santiago, tu casa, el vino. Más discos. Bonita peli argentina. Sábanas blancas de nuevo, como mi cara. ¿Qué te pasa? Te cuento, apañas, te alegras. Tiramos. Buscamos

«punk abortista» en YouTube. Me diste desayuno. Me llevaste al cine a ver una peli para menores. Tomamos pisco sour. Nos vimos un par de veces más. Qué mino. ¿Qué será de ti?

Otra vez músico. Bonito, clever. Besitos en Loreto. En un auto de un jalero al centro. Cocaína en manos del agresor de la banda de funk. Mi casa. Piscolas con P y algún aparecido. Ocho de la mañana. Tiremos. No hay protección. Dices que no, eres el estómago intuitivo de mi calentura que no aprendió nada. Te voy a dejar en chaleco celeste. Buen abrazo de despedida. Te enteraste después, casualmente por un tuit, y hablamos bacán, y te recuerdo seguido. Y nos debemos un culeón.

Nos conocíamos hace un rato pero no nos habíamos juntado nunca. Ese día te quitaron los pitos. El mismo día que yo no me podía el cuerpo de pura caña. La noche anterior estuve en la casa de un extraño mientras el cantante agresor consumía cocaína, aunque terminé a las ocho de la mañana en mi cama casi tirando con alguien que recuerdo seguido.

No había condón así que fui a dejar al bonito de los besitos en Loreto y me quedé echada.

Tenía una botella de pisco que no pudimos dar de baja con él, P y el aparecido. Plaza Santa Ana, otra vez. Ahora de noche. Yo coqueta, bien vestida. Tu hermana menor fuera de la ciudad. Mucho trago. Desperté vestidísima pero con el sostén en la cartera, hasta las pantis tenía puestas. Tiramos y no nos acordamos. Tiramos y tuve que ir a comprar Anulette CD. Otra vez en esto, por la chucha. Seguimos fluyendo en la conversación y nos volvimos a ver tantas veces que, de pronto, se transformó en un pololeo pedido entre botellones y conciertos gratis en el día de tu cumpleaños en pleno parque

O’Higgins, después de que te quedaste en mi casa por semanas.

Ese día, el de tu celebración de vida y las primeras horas de nuestro romance oficial, te arrancaste. El mismo día que me pediste pololeo, tomaste tu mochila y te fuiste quién sabe dónde. Y una ahí, detrás del niño. Ni perdón pediste, y tampoco exigí más. Ni ese día ni otros. Como esa vez que cortaron la Alameda y nos quedamos encerrados en mi pieza, y yo casualmente te conté con cuántos chicos había tenido sexo. Tú, pálido, en shock. Me voy. Pero está todo cortado, está la mansa cagá en el metro, te respondí sin entender mucho, y te tumbaste en mi cama para lagrimear siúticamente. Lloraste porque te enteraste de que había tirado con algo así como veinte chicos. Y tú, tú solo habías tirado con dos o tres o cuatro, no me acuerdo, no me importa. Pero sí es importante cómo me comporté: te rogué. Te sollocé, sin entender, el porqué de tu actitud. Después fuiste al baño y revisé tu compu, le habías contado a tu roomie que no podías estar con alguien que llevara esa cifra en la vagina. Todavía no termino de entender, no me quiero entrampar.

Hay muchas cosas que aún no comprendo y no sé si vale la pena darles más vueltas. Mi autoestima recién se está recuperando de esa vez que me hiciste zancadillas desde La Cúpula hasta mi casa, en Moneda. Íbamos con mi hermano y su novia, y tú no te aburrías de pegarme con tus bototos gigantes en mis pantorrillas aun cuando sabías que eso significaba cien moretones nuevos en mis piernas de mala circulación. Y me pegabas y te reías y me seguías pegando mientras mi hermano miraba con extrañeza. Y yo me reía. Y ahora no entiendo cómo pude llegar a eso. Cómo puede ser que, con tantas pistas desde los tiempos remotos de este amor, yo siguiera ahí, prestándote mi casa, mi cama, mi ducha, mi tiempo, mis mensajes de

amor... Le debo una gran disculpa a la Bárbara del pasado.

Cuánta pasión.

¿Era necesario que dijeras todas esas veces que querías estar conmigo para siempre hasta que yo, que lo único que había amado en mi vida era a mi mamá y el misoprostol, me lo creyera? Tal vez lo era para ti. Solías repetir que nunca te habías sentido así, que jamás tomaste tanto vuelo como conmigo, y ahora que lo escribo siento que es el pésimo guion de una película de romance de domingo mientras espero la 518, esa misma que tomamos tantas veces que me hace sentir que nos sentamos en todos los puestos posibles de cada una de las máquinas que hacen este recorrido.

No pasa la micro y yo me pongo ansiosa mirando el parque Bustamante y su patinódromo, que es tan mío desde que me di cuenta de que tú no me pertenecías ni yo a ti. Maldito skatepark con esos baños químicos y ese Líder de la esquina tan fácil para el robo. Las calles de las casas pro que también son baños. El Trufa vendiendo empanadas o dobladitas de queso o alfajores, lo que pinte el día, mientras otro jovencito circula ofreciendo cripy.

Me pena. Me pena todo Bilbao con sus picadas peruanas y los cabros en patineta. Bilbao nos pertenecía pero nunca fuimos al patinódromo juntos porque no te gustan esos ambientes tan ahueonaos. Nunca fuimos juntos aunque fuiste en mi cabeza todas las tardes de febrero del 2017 que maté a punta de tinto de verano para sacarme la angustia del corazón. Tantas borracheras. Tantas penas. Una de esas tardes me intentaron dar un beso y tuve un colapso emocional en el mismo paradero en el que escribo esto. Él tampoco te caía muy bien después de

eso. No te daba ¿confianza? No te ¿tincaba? No sé ni por qué te conté.

En realidad sí sé. Te extrañaba. Todas mis partes te extrañaban: la clavícula donde querías vivir, las estrías que acariciabas con delicadeza, mi espalda que solías rascar para que me durmiera. Desde el dedo chico hasta la última pestaña. Te extrañaba entera y te busqué, sin saberlo, por toda la ciudad, hasta terminar en ese pasto feo del parque Bustamante. Cerca de tu casa aunque no tan cerca. Con el miedo y la esperanza de verte pasar y sentir algo que no fuera dolor.

No sé cómo llegamos a eso. Sabía qué canciones te gustaba que me gustaran, como esta de Nelly que acaba de sonar mientras sigo esperando la micro. De mi casa a la tuya, con botellones y quesos para ver *Los Simpson* en orden y despertar con caña a las ocho de la mañana a hacerte desayuno. ¿En qué parte de mi pieza te gustaba más la cama? Te mandaba pancito para el bajón en una bolsa Ziploc con un post-it amoroso. ¿Setentapost-it, quizás? King Krule, el Connan, esa vez que llegaste con un espumante y dos tickets para Belle & Sebastian. Ese sábado en el que me llevaste a tu spot secreto del cerro.

Llegué a mi casa. Huele a mí y ya no queda ni una pista, solo estas gotitas de lágrima de volada que me ensucian la aplicación de notas del teléfono. Chucha. Hoy son los Grammy. Hace un año exacto —simbólicamente— terminamos o me terminaste para después soltar el gran reveal. Ya habían pasado unos buenos meses y pensaba que, tal vez, un amor pasajero iba a borrar algo del dolor que tenía acumulado en cada rincón de este cuerpo desordenado como esta pieza. Él, jovencito, periodista, cándido y tímido. No como tú, que partes del hecho de que todos son más tontos porque no saben lo suficiente

sobre física cuántica o el espacio.

Estaba cerca de la peligrosa arteria Bilbao y me hablaste para saber en qué estaba. Te invité. Y mi energía perrera y yo nos esfumamos en cuanto te vi. Nos miramos y nos entrampamos, como siempre pasaba. Estabas ahí. Por fin. Conmigo de nuevo. Y me pediste que me fuera contigo. Y yo fui esa clase de chica. Dejé todo y a todos tirados y me fui contigo. Caminamos entonados para llegar a la esquina de tu casa, aunque antes hicimos una parada.

Sentémonos aquí. Era bueno tenerte cerca pero tampoco iba a pasar la noche contigo, o eso pensaba.

—Te quiero decir algo...
Un minuto, dos minutos. ¿Me va a pedir que volvamos? ¿Me va a decir que no puede con toda esta pena, igual que yo, y que íbamos a ser felices para siempre como le gustaba dejar en claro?
—Lo que pasa es que no terminé contigo porque sí. Te cagué.

Dos meses en suspenso. Tragándome todos los vinos de mi mamá, consiguiendo pastillas para dormir porque la cama era muy grande para estar sola, llorando en la micro con las canciones de amor de Marco Antonio Solís porque todo me recordaba a ti, hasta los más terribles pasajes del romance. Dos meses para enterarme, ebria, en una cuneta cerca de Bilbao, que sí había una razón para el quiebre y que no era porque yo tenía poca plata o había leído muy poco o estaba muy gorda o mi pelo era muy feo o mi ropa muy peculiar.

Tanto tiempo sintiéndome incapaz, tonta, insuficiente por culpa de esas miradas, de esos ojos cafés que tantas trancas

mentales me pusieron para poder empezar a escribir esto. ¿Tú sabes cuánto valen para una abortista unos simples dos meses? Oro. Y yo los desperdicié dañándome a tal punto que hoy no me reconozco. No entiendo la mutación de mi cuerpo, de mi cara. Estas arrugas, estos brazos. La expresión de dureza que me dejaron las tardes en el patinódromo en el que acumulé todos los motivos para odiar con tal de dejar de extrañarte.

No sé cómo pude estar intentando ser otra cosa.
No sé cómo pude pedir un poco de amor suplicando.

Cabeza. Si yo soy típica, tú eres más. Hombre necio, absurdo. Hombre desapegado de todas las necesidades vitales, como el desayuno y la empatía.

Corazón. Tantos corazones aliados, pero, dime, ¿de qué le sirvieron tus punks a la chica que embarazaste?

Estómago. No sé cómo entender tus tripas tan distintas a las mías, tan llenas de privilegios que hacen que todo se vea tan simple.

Pies. Se suponía que tú todo lo sabías, que ibas a estar a la altura de esta —y cualquier— mujer. El tiempo ha revelado al peligroso depredador.

De pronto todos los hombres del mundo, todas esas partes podridas que andan sueltas por ahí con la impunidad de contagiarte la pena, la ETS**,** la rabia, las guaguas, se fusionan en fantasma universal tóxico; tantas cabezas, corazones, estómagos y extremidades dañadas dándole vida a acciones mortales para otras cuerpas averiadas de enfrentarse a las infecciones que cargan los irresponsables afectivos, que no

tienen ningún tipo de pena social por lo que hacen. Que siguen caminando libres, arrastrando una bolsa de basura llena de cadáveres con nombre, apellido y selfis, que se apilan sin cuidado y se adhieren con dolor como moho, que parece cubrirlas de bálsamo para que el próximo cuerpo sea menos letal que el que las dejó en bolsa. Tantos cuerpos verdes, con grumos genitales, pelos encarnados, uñas mal cortadas, pelusas en los pliegues y olores mundanos, libres, y yo tan poco advertida, como piel tersa que no hace más que invitar a zancudos de camping para secarla de a poquito.

Tu existencia fétida fue una amenaza latente que no podía despreciar. El cuerpo tiritón, el nudo de la guata, la lágrima pasada y la tensión sexual. Estábamos vestidos. Tu mano cerda me toqueteó en los lugares que los cuerpos sanos estamos obligados a ocultar. No cedí. Me corriste mano. Te pedí que no. Me corriste mano. Hombros tensos, mandíbula apretada. Me corriste mano hasta que te aburriste o te diste cuenta en la que andabas. Yo no podía dejar de mirarte. Me gustaba tu compañía o más bien no sabía qué hacer sin esta supuesta extensión de mí que terminó siendo una gripe demasiado larga, llena de mocos y flema verde. No, no quiero volver a sentir esa fiebre, el vacío. La dependencia. Una sabe de esas cosas. No me quiero enfermar más.

¿Te das cuenta de que no solo estoy hablando de abortar? De pronto toda mi experiencia queda minimizada por un montón de atrocidades que una va escuchando cuando se hace grande. Hay algo que descubrí después de despedir a mi guagua paloma: el amor. El romántico. Las mariposas en la panza. Los celos. Las jugarretas mentales. Perderse, perderse por otro. ¿Cómo es que me pude perder por un hombre? Eso pasa cuando te condicionan en modo no-eres-suficiente-sola. ¿Cómo

es que somos tantas las que no podemos ser suficientes por nosotras mismas? Mentiras. Mitos. Traumas del patriarcado —ahora sí lo digo con conocimiento de causa— que cargaron las abuelas, las madres, nosotras y las que vienen. Tantas lágrimas, tantos corazones tristes, cuerpos dañados, mentes intranquilas, ansiedades reventadas porque desde que tenemos tres años nos muestran princesas que no pueden sobrevivir sin ese príncipe que les ofrece la luna, aun cuando este se vaya de madre con otras o las golpee. Qué va a ser una sin ellos.

Viviendo como abortista supe que el amor romántico termina matando a más personas que el misoprostol, y que los mitos del aborto son una burla al lado de los inventos del romance.

Es mentira que puedes quedar con desórdenes mentales graves tras interrumpir un embarazo si el aborto fue una decisión meditada. No vas a quedar traumada para siempre ni infértil. Te prometo que no vas a soñar con el feto a diario, culpándote por arrebatarle su casita. No eres asesina. No eres mala persona. No te vas a volver una mala madre si quieres tener un hijo en el futuro. Tampoco es cierto que vas a caer en adicciones, en una depresión o que te vas a querer matar por haber abortado. Nunca te vas a perdonar, dice la iglesia. Falso. Tampoco es lo mismo abortar que dar en adopción.

Sentí la ira en carne propia. Llegué a agredirme físicamente, y no, no fue porque mi cabeza abortista es desequilibrada. Fue porque las opciones son tan limitadas que la pura pena de saber que no puedes elegir qué pasa en tu cuerpo lleva a darte golpes en la panza. Eso sí es un trauma. Mirar a los ojos a un doctor, que con su virgen colgada te reprocha tu actuar, eso sí es un trauma. Perder amigas por plata sí es traumático. Vivir con este secreto porque no quieres decepcionar a tu abuela sí te

trauma. Vamos aclarando términos. Vamos dándonos cuenta del daño que generan los rosarios en los úteros ajenos. Vamos entendiendo que una relación ingenua puede ser mucho más peligrosa que cincuenta y seis pastillas. Yo sobreviví a cincuenta y seis pastillas como si nada y no puedo decir lo mismo sobre mi primer amor. Un ingenuo primer amor, según mi cabecita enamorada, que terminó en noches borradas por el alcohol, en las primeras pastillas para calmarme, en la tristeza constante que repite *esto te pasa por no ser mejor para el amor*.

No ser mejor para él. Llegué a pensar que no era lo suficiente para él. YO. Yo que luché contra todos para hacer valer mis derechos. Yo que enfrenté mis miedos de guagüitas trituradas, que me di vuelta consultas médicas, que me las ingenié para conseguir dinero de donde fuera, que viví la clandestinidad. Yo pensé que no era suficiente para él. Y hoy puedo decir que soy mucho para él.

Y tú ¿qué fue lo más grande que hiciste para sobrevivir? ¿Estuviste en real peligro alguna vez por culpa de personas que decidían por ti? Porque no es lo mismo andar borracho en bici buscando pitos que meterte casi sesenta misoprostoles por la vagina. Porque no es lo mismo que tus compañeros se rían de ti por no querer jugar a la pelota a que tu tío te corra mano mientras te pregunta qué quieres para Navidad. No es igual ser asaltado que ser violado. Te aseguro que no es igual tener un mal día en la pega a que te hagan llorar porque no secaste bien el sartén antes de ponerle aceite. No es lo mismo agarrarte a combos curado en un concierto a que te pegue un curado que es tu pareja. Piénsalo, ¿qué fue lo más grande que hiciste para sobrevivir?

Soy abortista y casi todo bien. Tuve que perderme y tocar el

hoyo para darme cuenta de los verdaderos peligros que las relaciones con otros pueden traer a tu vida. Tuviste que patearme para que yo entendiera todo esto. Reventar la burbuja romántica, cachar que las ganas de revisarte el teléfono no son correctas, que buscarte en cada esquina no está bien.

Me revolqué en el lodo de la depresión para abrir los ojos y entender que ese amor no está bien. Esa pasión no es tal, es más bien dependencia, miedos y manipulaciones.

¿Quién necesita esa falsa pasión? Al parecer todas nosotras. Eso nos dijeron cada una de las canciones que nos mostraron. Yo te voy a decir lo que es pasión:

Poder abortar sin ineptos opresores negándote la decisión.

Pasión es ir al Tribunal Constitucional a esperar un fallo y gritar como si no hubiese mañana. Celebrar en la cara de un provida. Marchar con megáfono para llegar a La Moneda y tomar espumante en la plaza de la Constitución al lado de Camila Vallejo. Me dinamité en ese maldito parque, por fin. Me dinamité a punta de espumante y mujeres de todas clases y edades llorando de felicidad. Lágrimas que valen la pena, pasión que es tal. Esta es la pasión que quiero. Este es el dolor que necesito. La pena que sintieron todas las arpilleras que bordaron a todas las muertas por *amor*[5] durante el 2017 para marchar gritando cada uno de sus nombres. Esa tristeza y rabia es la que me alimenta. No voy a seguir llorando por ti, tus ojos cafés ahora tienen nombre de mujer. Ya no voy a perderme ni por ti ni por otro. Tengo muchas por las que perderme para que nos encontremos juntas, poderosas e invencibles.

Luego de vivir y sobrevivir a un aborto, o a cinco intentos de, vino lo más difícil. Pasó que empezaron a aparecer todas las cercanas que habían transitado por algo similar. Bastaba abrir la boca para que el torrente de experiencia fluyera sin presión alguna. Yo misma comencé a desprenderme del miedo y me puse a contar la misión paloma en cada parte que pude. Hay que visibilizar. Hay que sacarle los estigmas al aborto, alejar la práctica de la iglesia. De las cuatro C. Y, bueno, vamos entendiendo que es un ritual que siempre ha pasado y que seguirá pasando en la clandestinidad o en clínicas inmaculadas.

En el amor y en el crimen,
las cosas se mueven igual.
Tú que siempre dijiste: esto no puede acabar.
Yo que tengo un cuchillo,
te voy a sacar a bailar.

FOLIO I
NADIE SE LO ESPERA

Moderadora ha habilitado la sala

* Nadie-1 está en línea

* Nadie-2 está en línea

* Nadie-3 está en línea

* Nadie-4 está en línea

* Nadie-5 está en línea

La sala está llena

Son afortunadas por llegar hasta acá, jamás se tratará de algo fácil. Tal vez debí dar una bienvenida más alentadora, pero ya se habrán dado cuenta de que estamos alojadas en un hosting hostil, que parece bloquear cualquier indicio de agrupación que altere el sistema o cómo opera.

Van a tener que ser precavidas, me imagino que sabrán que nuestro tiempo de conexión es limitado y vigilado. Ojo con lo que dicen, cómo lo dicen y a quién. La sala no va a cerrar pero sí está bajo constante supervisión. La yuta no descansa, la yuta te respira en la nuca con tal perfección que logras confundirla con una brisa de aliento. Pero es yuta. Y aunque yo sea administradora de este lugar, no voy a ser yuta, y cuando me maten y alguna de ustedes se convierta en la encargada de su propia trinchera, tampoco lo sean.

No se olviden de cómo eran ustedes antes de loguearse como

Nadie. Las nadie de cuarto básico, tapándose el poto para bajar la escalera sin ser amedrentadas por los ojos desviados. Evitando el exceso de contacto con el amigo de la familia, porque ya sabían lo probable que era provocar *algo* en él, aunque ustedes siguieran despertando con una mamadera en el velador. Esa primera agarrada de teta incómoda que todavía no termina de tener sentido en su historial sexual. La penetración apurada que les hizo doler el pichí por días. El momento en el que cientos de factores se unieron y ustedes quedaron embarazadas.

No se olviden de todo lo que no les dijeron, de los apodos sonsos con los que crecieron entendiendo el mundo. No se olviden de la pirula que las violó mientras ustedes, confundidas, trataban de entender por qué tenían un cuerpo tan pesado encima, después de una maratónica jornada de doce horas de copete. No se olviden de los cuadros que no podían mostrar en público pero que fueron obligadas a desfilar en privado.

Nadie nace siendo nadie. La condición de ninguna persona comienza a serlo cuando te arrebatan cada parte de tu existencia, cuando te tiraron el pelo más fuerte de lo que querías, cuando te dejaron tirada a las tres de la mañana, cuando te gritonearon para ganar la discusión. Sabemos que nadie nace siendo nadie, pero basta un par de segundos para transformarte en una. No pasa mucho desde nuestra primera bocanada hasta que nos convertirnos en este vacío vivo. Pareciera que estamos destinadas a esto.

El sindicato de las que no saben qué es el líquido preseminal. No es coincidencia que estemos acá, con la cara brillante de pantalla y el cerebro frito de posibles comandos de escape para

mantenernos con vida sin dejar de llevar una.

Nadie-1: Jajaja, yo no sabía lo que era el líquido preseminal. En verdad no sabía que ese poquito de semen era algo, si cacha que ni siquiera sabía de quién era. Puta, es que estaba saliendo con uno pero pinchando con otro, y conté las fechas y no hubo duda. Una vez estuve con un atraso pero de puros nervios y pensé que era lo mismo, po. Qué va a saber una si estaba todo el rato esperando la regla, pensando que iba a bajar. Después de dos semanas me hice un test que mojé mal, así que tuve que comprarme otro y, ¡paf!, embarazada.

Nadie-2: Yo no me cuidé, no hice nada de lo que tenía que hacer, y como ya varias veces en mi vida no había hecho lo que tenía que hacer y había funcionado... Tenía una aplicación que se desconfiguró y pensé que no estaba fértil pero, mierda, estoy embarazada.

Nadie-3: Nada, niñas. Yo me embaracé en febrero y seguí menstruando hasta abril, imagínense, Y TOMANDO PASTILLAS**.** Vomitaba ene y tenía la guata dura, pero no de gorda, más dura no más. Se me pasó ir al doctor, estaba tranquila porque había regla, po. Saqué hora en el consultorio de mi casa, con toda la perso porque sangre había, le dije a la loca mis síntomas y dijo ya igual raro pero veámoslo con la matrona que justo está acá, hagamos la eco. Me ponen ese gel culiao, me pasan la hueá y las guaguas chicas no se ven, po. Ya, la mía se vio al toque. Tenía, no sé, diecisiete semanas. Eso es como tres meses y medio.

Me felicitó y yo oh, qué cuático, jajaja, la media volaíta. Puta sabís que he jalado y me tiré unas tripas, y la que me atendió primero me dice no te preocupes si yo igual estoy embarazada

y supe hace poco, a los cinco meses hay que preocuparse, quédate tranquila. Si tu guagua está viva es por algo.

Nadie-4: Uf. Yo estaba en un proceso de transición. Ya no me gustaban los hombres y estaba con ellos porque no podía creer que no me gustaran más, si toda mi vida estuve con hombres. Me metía y nada, era muy frustrante pero me causaban una especie de rechazo y me quedaba con eso adentro de preguntar che, ¿qué me está pasando?

Lo mío fue loco porque estuve con muchos hombres y nunca me cuidé, estuve en pareja durante tres años y nada, ningún atraso, nunca tomé pastillas del día después, jamás nada. Pero bue. Un día estaba carreteando con mis compañeros de pega, vinimos a casa, se fueron todos y me quedé con uno. En pedo, recualquiera. Nos comimos. El loco ni me gustaba, fue muy equis, solo quería convencerme de que estaba bien. Por favor, que me gusten los hombres, pensaba. Terminamos y me sentí muy húmeda, me toqué y le pregunté si había acabado adentro y el loco me dijo que nada que ver, que fue afuera. Por ahí estaba muy mojada, me pareció extraño, pero lo dejé pasar. El loco de verdad me podría haber dicho que sí y me tomaba una pastilla y chao. Y no, me mintió.

Me alegro que se estén conociendo y hayan entrado en confianza. Sus experiencias se van a transformar en el denominador común, no por nada están acá. No, no es por nada, es por suerte. No, no es por suerte. Es por privilegio de clase, por obra nada divina bien orquestada por sus posiciones ventajosas.

Así están las cosas. Si nos descubren nos vamos a la cárcel. Si no nos descubren nos morimos de hemorragia, pero, ni calma,

que para eso estamos acá. No es necesario que terminemos presas ni muertas si aprovechamos esta sala como corresponde. Acá, archivados en la nube, vivirán para siempre los relatos de las nadies y, cuando sus perfiles muten a alguien, recordaremos con nostalgia y ardor este encuentro que tal vez nunca deje de sangrar.

Espero hayan leído sobre el líquido preseminal. Que culear sin protección es jugar a las probabilidades y nadie quiere volver a pensar en la PSU, que el metesaca previo nada distinto tiene al metesaca final, que sus teléfonos no pueden ser más inteligentes que ustedes, que las drogas pueden alterar su regla tanto como los nervios, que a veces solo pasa y deberías tener el derecho de poder hacer que no pase.

Cuidado. Aprendan algo. A cuidarse, a tener cuidado. En la guerra se necesita precaución y protección; estamos en guerra.

FOLIO II

NADIE MERECE EL TORMENTO

Lo pasamos mal. De acá veo las costras que se han estado sacando escondidas antes de dormir. Se siente como un peso que no da respiro, el infierno en la tierra. La piel te arde, la cadera te duele, el útero bombea, la cabeza no se calla. El miedo. Paralizada por persecución, latente relato urbano de terminar entre rejas. Ser mala. Los recuerdos del me van a matar me van a matar me van a matar. Pensar en tu mamá. Pensarte grande, gorda, de estrías, guata y tetas sensibles. Hacerte mamá. No querer serlo pero tener que.

En esta sala está permitido maldecir pero ya no podemos abandonar. Es hora de hacernos cargo de nuestras partes infectadas, de nuestra historia. Trata de escapar de tus construcciones de vida y solo llegarás al mar de mierda. Lo que te pasó es lo que eres hoy y no está mal; así lo quisiste, así fue, a pesar de.

Nadie-3: Me junté con un loco en Bellavista, La Florida. Me dijo que cualquier cosa lo llamara y chao, se fue cagando.

Nadie-1: Los locos te venden la hueá como si fueran pitos.
Nadie-4: De verdad venta de drogas. A mí un viejo me las pasó y se fue. No digamos nada, chau.

Pidiendo miso por WhatsApp, no se olviden de la ruralidad.

Nadie-4: Mi abuela se murió en un aborto. Desangrada. Cuando mi mamá tenía nueve meses, ella abortó. Estamos

hablando de otros tiempos, cincuenta y siete años atrás. Las cosas cambian, los métodos cambian, ¿cómo se abortaba hace cincuenta y siete años?, ¿con un alambre? Se murió por la mala práctica, no por el aborto. Ella lo decidió, tenía dos hijos, no tenía plata, estaba mal con el abuelo y se murió. Le costó la decisión. Y a mí de chiquita me dijeron cómo murió.

El privilegio de estar vivas no es excluyente del infierno al que nos sometieron. Todas nos vimos muertas, desangradas, presas. Qué van a decir los familiares y la tele. Cómo nos paramos en la vida con esta carga moral de querer no querer. Cómo sentirnos orgullosas por nuestras decisiones si no las podemos decir en voz alta. Así es el infierno de no pertenecerte y dolerse. Acá, todas vivas, porque vimos de frente cómo es intervenir tu cuerpo y hacerte respetar, tener la testarudez de saberte hereje e ilegal, partida, herida. Embarazo a la fuerza, aborto clandestino, tortura patriarcal.

Nadie-4: Qué onda que no sangro, qué pasa que no sangro, es imposible que no esté sangrando con este dolor que siento. Fui al baño, no sabía cómo ponerme, me acostaba, me ponía en cuclillas, sentía que se me desgarraba la cadera, impactante. Hasta el día de hoy no he sentido tanto dolor, desde ese día le temo al dolor. Fue demasiado largo, demasiado sufrimiento, demasiado todo. Nunca sangré. Frustración.

Nadie-1: Esa hueá de cagar y vomitar al mismo tiempo fue cuático. Filo, tenía que hacerlo, me lancé no más. Me cuestioné muchas cosas, como por qué una amiga no me apañó. Mi amiga, poto y calzón. Por qué, por qué, si es mi amiga. Me costó caleta aceptar que era otra persona, con otra visión. Me costó un año superar eso, en un año no le hablé, no fue mi amiga. Ese distanciamiento fue lo más difícil del aborto.

Aunque cacha que una vez, después de harto tiempo, mi mamá me preguntó por qué dejé de ser amiga de ella, si era tan buena. Le conté. Nos sentamos, fumamos unos puchos y le dije que le tenía que contar algo cuático. Me preguntó si era lesbiana, jajaja, y no, mamá, algo grave de verdad. Le conté. Me dijo que no podía ser tan egoísta con mi examiga, no podía enojarme porque ella no quisiera vivir eso. No es que no me quisiera. Sobre el tema puntual no me dijo mucho. Me tiró una frase como: ya lo hiciste, pero igual es un asesinato. Fue heavy. Ya lo hiciste, me decía. No me cuestionó pero la palabra que ocupó fue como oh, un golpe en el corazón. Es cuático que tu mamá te diga asesina.

Nadie-3: Yo le saqué la tarjeta de transferencias a mi papá, una persona que no se va a meter a revisar su estado en internet. Voy a resumir: partí a la segunda eco, el loco no quiso entrar conmigo, no iba a hacer show, chao. Me empezaron a revisar y miraba todo el rato para el lado porque era una eco 3D en la pantalla de una tele grande, se veía vivo, po. Tenía cara y me acuerdo que miré un segundo y era el mismo perfil de este hueón que no me quiso acompañar, el mismo que veía cuando despertaba. Es hombre, me dicen. Alégrese.

Pico, tenía veinte semanas. En la ducha pegándome combos, ya po, muérete. Nica tenía una guagua, leí caleta. Se puede hacer aborto con miso a esa altura pero por un tema moral no se practica. Con doce dosis la podía lograr. Ciento cincuenta lucas mife incluida. Cuenta del papá de nuevo. Sublingual menos invasiva, sangré un poco y ah, está listo el aborto. No quería eco, no quería ver a la guagua de nuevo. A las dos semanas me hice otro test, seguía embarazada. Ya tenía veintidós semanas. La hueá más horrible que me ha pasado. Más dosis. Iba en la micro lista para morirme. Me puse las pastillas en la vagina,

empecé a sangrar, dolía harto, como una regla fuerte. En un momento la hueá pasó de dolerme harto a dolerme como nunca antes algo me había dolido. Me ponía en posición fetal, el loco me mete a la ducha para tirarme agua caliente en la espalda, lo leímos en el manual. Me empezó a doler más, gritaba del dolor, me contraía entera. Me miro las piernas y tenía la vagina muy abierta. Logré ver una hueá blanca que era dura. Leí que las guaguas nacen vivas en ese tiempo. No quería ver la hueá, no quería tocar nada. Me senté en el baño. Pasé de la tina al wáter y me dieron contracciones más fuertes. En un momento estuve pujando una hueá del porte de una berenjena grande. No sé cuánto rato. Cuando cedió el diámetro de la vagina, se cayó. Se escuchó fuerte en la taza, boté muchas hueás, tiramos la cadena, se tapó el baño, se subió el agua, tuve roce con el agua del baño con la vagina recién parida. Infección. Fue brígido irme a mi casa, dije que tuve un aborto espontáneo, cuarenta grados de fiebre, llamé a mi hermana ginecóloga y me mandó a urgencias. Lo pasé como el hoyo. Cuando se enteraron, las matronas me decían hueás como que tenía que hacerme cargo, que me la había buscado.

Y el resto ¿cuándo se hace cargo? No solo privadas, atormentadas. Castigadas por querer tomar una decisión, por llevarla a cabo con todo el miedo que involucra. Castigo físico y psíquico para mortificarnos. Parece eterno, no lo es. Cuando el tormento se transforma en pena y rabia, aparece el afecto que obviamos y los supuestos defectos que deberíamos abandonar.

Nadie-4: Es el trauma provocado por el dolor.
Nadie-1: Es diarrea y vómito simultáneos.
Nadie-3: Son moretones en la guata.

FOLIO III

NADIE QUEDÓ ILESA

Esta es la última vez que escribo dentro de estas paredes. La casa con mi mamá. La pieza que me recibió un año antes de menstruar por primera vez, en el 2002, y la que me escuchó decir *mejor que no*, en el 2015. Casi dos décadas de historias de baño, pegadas con lágrimas y semen amargo, como la misma existencia de todas esas partes podridas, mal conocidas como nuestros fantasmas románticos. Tal vez yo también soy un rompecabezas, llena de extensiones facilitadas por las mujeres que me rodean.

Nadie-3: O quizás estás exagerando con tu historia, considerando que todas las presentes hemos pasado por algo similar...

Nadie-4: Sí, muy bonita la intención, pero ¿no que esta sala era un espacio de combate y organización? Lo único que hemos hecho es moquear historias.

Eso pasa cuando eres nadie, todo parece ser algo de vida o muerte. Es imposible no moquear tus historias después de que te moquearon por dentro y te pusieron en peligro.

Somos cuerpos enfermos: nos enfermaron. Nosotras no nacimos así, nos transformaron en esto, en una caja de inseguridades y lágrimas fáciles porque tenemos muchos infiernos paralelos y latentes. Y otra vez me voy a poner melodramática, pero ustedes, mejor que todos, saben lo que es incendiarse y lograr apagarse.

Esta es la trinchera, es verdad. Estamos en una guerra clara, ya les dije que nos tienen vigiladas. Además del cuidado que tenemos que tener y la alerta en la que hay que vivir, debemos combatir. Pleito, guerra, grito, combo, gas pimienta, cachetada, rodillazo en los cocos. Lo que te salga cuando estés peligrando, lo que sea capaz de hacer tu cuerpo enfermo. Estamos dañadas, con las heridas al aire y el vómito recién secándose, aunque al menos no somos como esos que acarrean cadáveres en bolsas para seguir alimentando ataques bacterianos que nos destruyen.

Esperen. Nadie-5, ¿vas a decir algo? Dudo que seas la yuta, los test y formularios de acceso jamás podrán ser respondidos por alguien cualquiera.

Nadie-5: No tengo mucho que decir. O sea sí: estoy embarazada y no sé qué hacer con todo este miedo. No me quiero morir, no quiero ser mamá, no quiero contarle a mi mamá. Yo también he pensado en suicidarme. Es él o yo. No sé si estoy en el lugar correcto.

No. Si lo que quieres es no ser mamá, así será. Que la desinformación y el tormento no destrocen tu vida. Para eso estamos acá. Lo más desafiante de todo este proceso, de este relato, de nuestra existencia, es que tomemos decisiones que vengan desde nosotras, no impostadas por un sistema que quiere hacernos creer que decidimos. Esta podría ser la decisión más importante de tu vida, y no porque te convierta en mejor o peor persona, pero sí porque vas con martillo en mano a derrumbar un muro al que no tienes ni permitido acercarte. Y llegaste hasta él, te paraste enfrente, y aquí estamos. Estemos a la altura.

Nadie-2: Yo sé que mi proceso fue bendito, de verdad tuve suerte. Fue fuerte porque no quieres estar ni pasar por esto. La culpa es cuática. Para mí fue fácil acceder a los métodos, toda mi familia sabía, pero es una tortura y un crimen de Estado que tengamos que hacerlo clandestinamente. Cuando aborté, lo tomé como una oportunidad de la vida para estar mejor. Me bajó todo este poder de saber que puedo decidir. No tenía ninguna voluntad con nada hace meses, y pasó esto y ahora soy fuerte.

Nadie-3: Yo igual crecí. Independiente de hacerlo en privilegio o en riesgo, siento que es crecimiento. Lo de la familia es muy fuerte. Yo sentí el juicio de mi mamá, que es una señora conservadora, pero es aperrada. Es mi modelo a seguir de mujer y por eso yo soy como soy. Eso es tremendo y doloroso, como todo crecimiento. No eres la única y no estás sola son enunciados que no debes olvidar. Mientras chateo con ustedes, otras tres chicas me escriben para preguntarme por pastillas. Yo soy nadie pero no temí contar lo que me pasó y vamos dando miso para las amigas.

Una de Isla de Pascua, otra por Twitter, otra amiga de una amiga. Y el ciclo no se acaba. Las historias se repiten una y otra vez. Miles de millones de chicas solas, asustadas, inseguras, cuestionando todo. Sin poder decirle a la familia porque estamos obligadas a creer que formar una es la prioridad.

Nadie quiere ser una asesina —para las reglas de Estado—. Nadie quiere estar en la misma categoría que un curado que mata personas o que un padrastro violador que revienta a su hija con su pene demasiado grande para un cuerpecito de tres años.

El miedo a diario: en el mensaje de voz, en las lágrimas que manchan mangas, en las descargas de manuales, en el recuerdo de mi cama. Y yo soy nadie. Solo soy una periodista abortista que entiende lo que significa esta decisión. Soy nadie y lo único que me queda es darle una mano a todas esas cabras que estuvieron solas, como una. Sin medicina, sin leyes, sin familia, sin amores a su lado. Solas. Ellas contra el mundo. Nosotras contra el mundo.

Que todas estas lágrimas valgan la pena. Que mi cara roja de rabia ahora signifique algo, porque yo, Bárbara, no quiero leer más nadies sin nombre. Esto es por cada una de nosotras. Por todos nuestros úteros, por los de nuestras abuelas que se murieron con alambres, por nuestras mamás que quisieron otra vida y no pudieron porque hacer familia era lo correcto, por todas las decisiones truncadas. Por las que se murieron en el proceso. Por las que terminaron en la cárcel. Por cada una de nuestras lágrimas y úteros. Por mí, que siempre voy a estar para ustedes.

Nadie-5, te dejo un archivo adjunto.

Tu mamá te mató y yo lloraba.
Con su piel te incendió, estás ardiendo.
Este no es el sueño de dios, dijo temblando.
Enciéndanme toda la luz, que el sol se apaga.[6]

apéndice: ¿qué fue lo más grande que hiciste para sobrevivir?

no exageres. no es que crea que no eres suficiente. para nada. tú sabes que me gustas y que no es que me crea mejor que tú por haber pasado por cosas terribles. yo sé que has pasado cosas terribles. me acuerdo de ese carrete en el que fuiste el más bajo del lugar. no me dijiste pero se notaba en tu cara que todos esos metros ochenta te hacían sentir el estropajo de la fiesta. pobre. es muy triste ser opacado por tanta belleza. pero a mí me gustas. no necesitas nada más.

también me acuerdo de esa ida a la playa. treinta grados. mucho sol. y tú, ahí, con chaleco. estabas muy flaquito para mostrar tu cuerpo. o esa vez que fuimos a la piscina, y tú, ahí, en las reposeras. estabas muy gordo para exhibirte. qué terrible, ¿no? nunca es suficiente para ellas. siempre exigiendo más de lo que puedes y quieres. que estás muy gordo. que estás muy flaco. y tú, ahí, con chaleco en la reposera, muerto de calor.

ni eso te dejan disfrutar. no puedes nadar en paz porque, bueno, estás feo. pero yo no creo que estés feo. no me molesta el acné que tengo que ver todas las mañanas ni esas fotos de perfil que pones donde se te ve el tobillo. yo sé que te gusta el paisaje y que no estás provocando. cómo vas a provocar con ese tobillo. esa no es tu onda. además, es un tobillo.

o acaso ¿estás joteándote a alguien a la que le gustan los

tobillos y no me contaste? todo bien con que a la gente le gusten los tobillos. pero vamos. el tuyo no es el mejor. es bastante feo a decir verdad. no solo tu tobillo es feo. tus brazos. tu espalda, esa rodilla. ni hablemos de tu cuello. horrendos. uf. la psoriasis que te da en verano. no. olvídate. a nadie le va a gustar ese tobillo con psoriasis y acné. solo a mí, sabes.

ahora que vamos a ir a la piscina, además de llevar tu chaleco, podrías llevar unas tobilleras. no es que tenga problemas con gente mirando tus partes. vamos, tú ya tienes suficientes problemas con tu cuerpo como para que yo me preocupe por tu tobillo y sus provocaciones. te lo recomiendo porque el sol le hace mal a tu psoriasis. me preocupo por ti. por sobre todas las cosas. me preocupo por ti porque nadie más se preocupa por ti.

ni tus amigos. ellos siempre pelándote. yo creo que te tienen envidia. bueno, quién no envidiaría tu tobillo. dicen que vas a conseguir todo en la vida gracias a él. no creen en tus capacidades ni en tu talento. todo atribuido al tobillo. maldito tobillo que sigues mostrando. ¿qué onda? ¿a tu compañera de trabajo le gustan los tobillos? ahora entiendo por qué la foto. no te voy a juzgar. un ascenso monetario nos haría bien a los dos. podríamos comprar más tobilleras. pero que no te toque el tobillo. o la mato. ese tobillo es mío. solo yo puedo tocarlo.

¿cómo que no te van a ascender? ¿el tema del tobillo fue solo una mentira? ya veo lo que está pasando. te gusta tu compañera. jajaja. ni lo intentes. es mayor. ¿has visto el pololo que tiene? jajaja. que eres gracioso. debe ser culpa de esas películas que ves que piensas que te va a dar la pasada. una chica como ella con un chico como tú. la mejor broma del año.

bueno. casi la mejor. ¿te acuerdas cuando fuimos al

cumpleaños de juan y querías tomar un mojito pero todos tus amigos pidieron piscola? fue gracioso porque, al final, igual pediste una. con coca-cola. pobre de tu psoriasis. coca-cola y pisco. mezcla ganadora. yo te alenté porque sabes que mientras más psoriasis tienes, más me gustas. no creas que es una manera de mantenerte solo para mí. aunque ya sabemos que nadie más te va a mirar. con esa psoriasis activada, menos.

pidamos otra, po, decían los cabros. y tú, con tu carita rojiza, pidiéndome probar mi aperol. pobre. nos reímos harto con esa broma. tú tomando aperol. jajaja. es rico pero es para personas como yo. qué lástima que no te dejen tomar aperol. es tristísimo que tengamos esta ley que multa con seiscientos mil pesos a cualquier hombre que se atreva a pedir un trago que no sea café o negro. sabemos que las finanzas no están para pagar esa multa. imagínate si llegaban los pacos por romper esta regla. qué hubiese dicho el juan. que eres poco hombre quizás. menos mal que no estaba la cami. si hubiese estado, hubiera reafirmado que, además de pedir copetes que no te corresponden, eres poco hombre porque no sabes dónde está un clítoris.

qué hueona es la cami. ya lo hemos conversado. es obvio que ningún hombre sabe dónde está. es inservible. te lo digo yo, que tengo uno. de hecho, gracias por nunca tocármelo. qué asqueroso. no sirve para nada. sabemos que el sexo es sacar y meter hasta que termines. esa cami es imbécil. pero me cae bien; jamás se fijará en alguien que no sabe dónde está el clitoris. qué mal por ella. no sabe lo que se pierde: un hombre con todas sus letras. uno de esos que te agarran, te meten la lengua hasta la garganta. te chocan los dientes como tiene que ser. te babean toda la cara. uno de esos que tardan treinta minutos en desabrochar un sostén, pero que no piden que una

se lo saque. ¿te imaginái un hombre pidiendo ayuda para sacar un sostén? jajaja. obvio que termina virgen para siempre.

no. a nosotras nos gustan esos que te empelotan. te tiran a la cama. te dan dos besos mojados. esos que no pierden el tiempo y te meten el pene sin pensar. bien fuerte. haciendo presión. así nos gustan. que no nos lubriquen. eso es de putas, que no nos pregunten. eso es de pernas. bien fuerte. pa dentro de una. que nos duela. que nos rajen. que se sienta como parir. la vagina rota. y nosotras gritando de placer. que nos tomen y nos den vuelta de una. de guata en la cama. pene en el ano. de una. sin preguntar, rápido, así es más excitante. bien fuerte. bien roto. nadie pregunta nada. así tiene que ser. bien fuerte. bien roto. bien hombre.

y luego tú acabas. solo pasaron cinco minutos.

soy afortunada. tú duras cinco minutos. tengo amigas que me han contado que sus parejas duran treinta. ¿te imaginas estar treinta minutos tirando? no. yo no podría. me aburriría yo creo. qué lata. eso es para los hueones. sí po. esos que se andan preocupando de puras huevadas. que los cariños. que la estimulación. puras hueás. todos sabemos que aquí venimos a una sola cosa: tu eyaculación. ojalá en mi cara. no. ojalá en mi ojo. no sabes cómo me excita cuando tu semen me cae en el ojo. me siento como sasha grey. todo lo que siempre quise ser. tu sasha grey.

aunque ahora que lo pienso: si yo soy tu sasha grey, ¿por qué tu pene no es como los que ella se mete en la boca? en realidad, el tuyo es como cinco veces más chico. será por tu tobillo quizás. o la psoriasis. uf, amigo. qué bueno que estás conmigo. yo no sé si otra chica disfrutaría de ese micropene

como yo. pobrecito. ¿lo hablaste alguna vez con tu mamá? yo creo que ese aparato no crece desde que ella te limpiaba el poto. ay, qué tierno. el pirulín. una guagüita de pene chiquitito. menos mal que yo no me preocupo de esas cosas. por eso la cami te huevea tanto, po. jajaja. disculpa. no me río de ti. me río de la cami. esa hueona siempre anda preocupada del tamaño de los penes. puras tonteras. eso es de lesbianas. yo creo que le importa tanto el tema porque le gustan las minas y lo hace para que pase piola. tal vez podrías tirar un día con ella para que vea lo que es bueno. aunque si acepta, la mato.

tonta hueona. encima dice que eres poco hombre. una vez dijo que eras el enemigo. cómo vas a ser tú el enemigo, con ese metro sesenta y esas zapatillas de niño chico y esa psoriasis y esos tobillos que parecen de lana. lindo.

oye, pero no seas grave. si digo poco hombre es porque quiero decir que solo viste una sola parte de la historia. y si digo enemigo es mi tripa hablando por mí. no te vayas a creer que eres tal. ni tú ni ningún otro. son estas gallas exageradas que andan diciendo tonteras pero no. no. no. no.

no. cómo podría ser enemigo aquel que viola a su hija en el paseo a la playa. sabemos que un hombre tiene necesidades, ¿para qué más están las hijas? para poner la mesa y para prestar la vagina. obvio. mi papá me lo dijo desde chiquitita.

cómo va a ser enemigo ese que persiguió dos cuadras a la joven de la falda roja. sabemos que a ustedes les gusta mirar. en mirar no hay engaño, po. quieren que se saquen los ojos ahora. estas feminazis son unas ridículas, no entienden que es un halago que te persigan. ni que fueran tan minas como para andar dándole color porque alguien las mira. deberían dar las

gracias las asquerosas.

cómo vas a decir que el pasado de piscolas que vio la oportunidad de meterla es peligroso. esta ley es por algo: solo los hombres toman piscola, harta. harta. para entrar en calor, po. uno se desinhibe. anda más chistoso. jajaja. por eso nosotras no podemos tomar piscola. imagínate si nos ponemos tan graciosas que nos sacamos la polera. después andaríamos alegando que nos tocan las tetas en las fiestas. mira: las que toman piscola se la buscan. siempre se la buscan. les encanta el hueveo, es su manera de decir *ya po, a qué hora vamos a tirar*. tú me dijiste una vez esa verdad. si una mina anda con piscola en la mano, no hay ni que preguntarle si quiere culear. son sinónimos. desde el colegio nos enseñan eso. en realidad no sé qué alegan, ves. siempre me enseñas cosas. yo soy mejor mujer por y para ti.

te lo agradezco todos los días.

no. ni se te ocurra pensarlo. por supuesto que no eres el enemigo, solo eres el portador del miembro que le rompió el ano a una chica. nada más. ¿enemigo? nada. ni que le hubieses sacado los ojos a alguien. o la ropa a la fuerza. no seas tonto.

hey, tampoco te tomes eso de tonto tan mal. no estoy poniendo en duda tu inteligencia, solo me dejé llevar por las tetillas que nacieron de tu sobrepeso que no te deja ir ni a la piscina. el error es mío. lo siento. pasa que no me calientas. pasa que los minos de sasha grey son, no sé, más formaditos. entonces se me olvidó que también podemos conversar. no sé qué me pasó. no sé por qué llevo tanto rato hablando de sexo. no me tomes en cuenta.

veo que no me estás tomando en cuenta.

¿quién te crees? ¿quién te crees, po? solo eres un guatón con el pene chico que en su vida ha entendido que el clítoris no es un control de playstation y que no toma aperol porque le da vergüenza.

da lo mismo. nadie quiere hablar contigo. no sé qué te crees. puto. feo. ni un brillo, nadie te pesca. ¿no te das cuenta de que nadie más que yo te va a pescar? uf, estás cometiendo un error, en serio nadie más te va a pescar. yo te quiero, por eso me preocupo por ti y a veces subo la voz y me dejo llevar. no es mi intención. pucha. disculpa. en serio no creo que seas guatón. siempre te he dicho que me gusta que seas fuerte. así me cuidas., lo del pene olvídalo. me gustan así. tú sabes, soy estrecha. no podría estar con alguien con un miembro grande. eres perfecto para mí. te quiero. y nadie más te va a querer como yo. eres mío. te amo. te amo. y si me dejas, me mato, y si me dejas, te mato. eres mío. te amo. te mato, te mato, te amo.

Esa historia está lejos de tratarse de ti.
El archivo adjunto para Nadie-5 es exactamente eso, para ella, información relevante que ha sido arrebatada y ocultada por algunos como ustedes.
Llegaste lejos.

AMOR VERSUS AMOR

chao, giles. hola, hermanas.

Soy abortista y está casi todo bien con eso. Pasa que, cuando tomas la decisión de abortar, un montón de construcciones personales y sociales pasan a ser tema en tu cabeza. 24/7. Desde madres que entienden el proceso como asesinato, paneles de hombres dando su opinión con la biblia en la mano, hasta ese peligroso refrán que afirma que ninguna pareja sobrevive a algo así. O, aún peor, darte cuenta de que hay mujeres que realmente no sobreviven a algo así.

Está todo bien con el proceso en tanto proceso, todo bien con ganarle a la vida —aunque suene a contradicción para muchos —. La cosa se pone cuesta arriba cuando compartes una cama y sientes que tienes que aclarar por qué estás tan preocupada por la protección o por tu día más fértil. Algo que siempre debimos hacer y que, por algún motivo, solemos dejar a la suerte. Ya les dije que la suerte no existe. Tú y él, acostados, a punto de culear. Eventualmente la bomba va a estallar y tendrás que plantarte frente al amante como una abortista. Tú y tu familia, en el almuerzo familiar, con el debate semanal en la mesa como si fuese postre, uno bien amargo, mientras escuchas al tío de derecha protestar por cómo las mujeres han perdido el respeto por todo, hasta lo más sagrado que tenemos: la vida, la familia y el amor.

Es complicado empezar a derribar todas esas barreras. Los muros impuestos por tu educación básica y la prensa y la

música y la historia y los padrastros. Esas paredes que te invitan a creer que la familia es la base de la sociedad y que tú, siendo parte de una, tienes que respetarla como si se tratara del inmaculado secreto de la perfección. Verdadera vida en comunidad. La base de la sociedad. Tú, abortista, arruinando la base de la sociedad.

Es un gran desafío darte cuenta de que todas las películas de Disney que creciste viendo terminan igual: ella enamorada, él dispuesto a semiceder su pedestal de macho, ambos viviendo felices para siempre. Ojalá con una casa con patio donde puedan recibir a sus hijos, que correrán libres por esos metros cuadrados de pasto que los tendrán endeudados entre clases de fútbol y baile, mensualidades escolares y pañales.

Cuando se aborta, estás agarrando el machete necesario para destruir todo esto. Basta un misoprostol en el cuerpo y de pronto ya eres la enemiga para muchos. Pero no es así, amiga. El arma que se te entrega es todo lo que necesitas para quitarte la venda de los ojos y ver que hay muchos más caminos que la casa con patio y el final amoroso feliz. No es que no queramos una casa grande, o una pareja que nos respete y ame, o incluso un par de hijos. Pasa que no está bien que te crucifiquen luego de que te diste cuenta de que esa es solo una de las opciones que tienes y que seguirá ahí para cuando te encuentres lista, consciente y preparada para ser mamá.

No es azar que muchas abortistas reafirmen sus ganas de maternidad tras el acto. De pronto tener un hijo se vuelve una posibilidad real y, aun cuando tomas la decisión de aplazarlo, te haces consciente de que la opción está ahí para cuando la desees. Es fácil embarazarse, tanto como enamorarte de tu hijo en cuanto te lo entregan.

No soy madre. No puedo ponerme la bandera de la maternidad, pero sí tengo un montón de procesos de reflexión posaborto que me hacen entender este vínculo como uno de los más lindos que pueden existir. ¿Ven que las abortistas no odiamos a los niños? Tal vez sí odiamos eso mal llamado familia, la conformación perfecta de una pareja heterosexual con un par de niños, uno de cada sexo, la anhelada parejita. Niñita mujer y niñito varón. Pero eso no significa que seamos unas desalmadas que pretenden acabar con la raza humana dejando de parir.

Como abortista me di cuenta de que ser madre es una realidad. Una bonita realidad. No sé si se pueda llegar a sentir un afecto tan real como saber que estás alimentando con tus tetas a un ser que tuviste durante meses dentro tuyo, como un mojón incómodo o una lasaña deliciosa. Ahí, nadando en tu panza baja, moviéndose por las noches, prohibiéndote alimentos y alterando cada parte de tu sueño.

Suena a magia. Tal como el aborto, la maternidad es un proceso ancestral y mágico. Desde tiempos remotos nos embarazamos, parimos o abortamos. Nada aquí es excluyente: puedes ser mamá y abortar, puedes abortar y ser mamá. Puedes amar el proceso de la interrupción del embarazo como puede emocionarte la primera vez que miras a tu hijo a los ojos. Es importante que tengamos eso claro. Aborto y maternidad no son enemigos. Aborto y amor, menos.

Y aunque las cosas estén cambiando, y yo me atreva a escribir esto, y la ley nos ampare en lo más mínimo, al menos una vez, sabemos que no somos mayoría, no somos la opinión pública, no ocupamos cargos que permitan hacer cambios tangibles en nuestras políticas de salud ni tenemos vitrina en los medios para gritar una y mil veces que el aborto está bien. El aborto

está mejor que tener a niñas siendo mamás. Sé que es cliché, pero por algo lo es: tener la regla no significa estar lista para ser madre. A esa edad estás descubriendo el mundo, jugando con tierra, entendiendo que hay algo llamado amor, algo llamado sexualidad, algo llamado vida. Todo desde lejos, sin experiencia ni profundo entendimiento, como un juego.

La vida no es un juego. Parece una frase de un falso provida, pero va más allá. La vida no es un juego y los evangélicos no tienen ganas de entender el peso de eso. Una niña de once años no debería ni jugar a ser mamá, ni siquiera con una muñeca de trapo. No. La imposición del instinto maternal es lo que después nos lleva a llamar a nuestras hijas asesinas, a mandar a mujeres a la cárcel, lo que permite que los hombres sean capaces de decir *te voy a denunciar si es que abortas*. La vida no es un juego, amigas. Traer vida a este mundo es bastante más complejo que pensar bueno, ya la cagué, voy a tener que hacerme responsable. No es que esté proclamando que todos los cagazos terminen en aborto, si fuese por eso, yo no estaría escribiendo esto, pero estaría bueno ir desromantizando la maternidad y darles a las mujeres más posibilidades que las impuestas por nuestras construcciones.

Ser mamá es amor. O ese es el ideal, porque la verdad es que no es obligación amar a tu hijo. No podemos exigirle ese nivel de compromiso y responsabilidad a una mujer violada. ¿En serio vamos a pedirle que sea una buena progenitora si su hijo fue concebido a la fuerza, entre tironeos y gritos? Qué clase de personas estamos validando y a costa de qué. Basta de aplaudir a las mujeres violadas que mantienen su embarazo. No es motivo para celebrar. Por el contrario, deberíamos indignarnos, ocupar la concepción para encontrar al violador y hacer algo con él, en lugar de dejarlo impune y peligroso, mientras la

mamá queda con el consuelo cristiano de ganarse el cielo y los buenos deseos de dios, alimentando a un ser con los mismos ojos que el humano que la rajó por dentro y por fuera.

Quizás es bonito ser mamá. No lo digo con ironía, como lo hubiese dicho hace cinco años atrás. Lo digo en serio. Y también entiendo que mujeres con embarazos inviables decidan parir para ver, aunque sea, tres minutos a su hijo, antes de que cierre los ojos para siempre. Me parece bastante fuerte. Yo no lo haría. Supongo que no soy tan guerrera para abrazar a mi hijo sabiendo que está a segundos de morir y que jamás volveré a verlo. Eso suena mucho más traumante que una sesión de misoprostol.

También entiendo que haya mujeres dispuestas a ceder su vida para que otra venga. Aunque no puedan verlos crecer, mutar y aprender, saben que estarán aquí como una de las herencias más tangibles. Solo una, porque eso de que el legado no es más que engendrar es lo más satánico que nos han hecho creer.

Nosotras podemos ser lo que queramos. Descubrir avances científicos, componer las obras más bellas, inventar los platos que salvarán a una población completa o soldar ese perno que nos llevará a Marte. Podemos hacer todo eso y más, igual que los hombres, y además podemos ser madres. Nuestra propia incubadora de talentos. Nuestro útero como la mansión perfecta para esperar ver la vida por primera vez. Una herencia tangible que los biohombres no pueden experimentar. Solo una de las herencias; una que nos pertenece exclusivamente a nosotras, como pocas veces pasa. Ya nos quitaron muchas cosas: nuestros sueños, metas, derechos, hasta deberes. Todo. Hasta el miedo de hablar, luchar y decidir. No dejemos que nos arrebaten el proceso de opinar y tomar la última palabra sobre

lo que pasa en nuestros úteros.

DESTROZANDO LA FAMILIA IDEAL Y OTRAS BARBARIDADES DEL PATRIARCADO

Estoy desnuda en todo este viaje. Más desnuda que cuando me embaracé. Vagina y corazón abiertos para que los mitos y verdades del aborto tomen la voz que siempre debió tener: la de la experiencia, la de ser mujer. Es hora de empezar a despedir el recorrido, no sin antes pasarle la voz a otras protagonistas. Tristes protagonistas.

Ya lo dijeron las nadies: nadie amiga, nadie mamá, nadie abuela. Ya lo dije yo, que soy nadie. Ahora habla la realidad-real, esa de cifras y números que tanto entusiasman a quienes tratan de arrebatar todo lo que nos pertenece.
Hablemos de muerte.

Sesenta y cinco muertas a manos de hombres durante el 2017. Sesenta y cinco mujeres menos. Mujeres baleadas, apuñaladas, acuchilladas. Muertas por impactos de escopetas, quemadas, estranguladas, asfixiadas. Con hacha, con armas cortopunzantes, con bates. Cuarenta y tres puñaladas, como Marisol Vergara, profesora de Talcahuano. En una bolsa, como Silvia Ninaja en Santiago. Diecisiete años, ochenta años, veinte años, cincuenta y ocho años. El asesino no discrimina armas, ni región u oficio.

13 de marzo del 2018. Nueve femicidios. Escopetazo, arma blanca, balazo, apuñalada, violada, escopetazo, apuñalada, violada. Conocido, conviviente, amante, esposo, padre, pareja y expareja. Los Lagos, La Araucanía, Coquimbo, Biobío, Santiago.

Un año. Diecinueve años. Veinticuatro años. Veinticuatro años. Treinta años. Treinta y tres años. Cuarenta y cinco años. Muertas.

31 de julio del 2018. Ya van treinta y dos.

Muertas de verdad. No como las mórulas o los cigotos. Muertas de verdad.

Las cifras no me las inventé. Pertenecen a la Red Chilena Contra la Violencia Hacia las Mujeres, organismo que dispone de estas crudas tablas en su página web para quien desee informarse. Documentos de Excel que parecen ser los únicos dispuestos a albergar la injusticia que significa ser mujer en este país. Ni la ley nos ampara.

Actualmente, el femicidio para el Estado de Chile solo incluye los asesinatos de mujeres cometidos por sus parejas, pero aquellas con contrato marital. La pena del femicidio en Chile no tiene el sentido de realidad: nos reducen a las relaciones que tenemos con los hombres pero hacen vista gorda a un montón de causas que, en la teoría y en la práctica, también son actos de odio contra la mujer. ¿Qué pasa con el sometimiento, con la opresión, con el desprecio? Dentro de la ley promulgada durante el 2010 quedan fuera todas las mujeres y niñas violadas, las asesinadas por conocidos, amigos, desconocidos, clientes. ¿Dónde quedan las lesbianas? ¿Dónde quedan las muertas en la clandestinidad del aborto?

Según el Minsal, durante el 2000 y el 2011, el aborto fue la causa más frecuente de muertes maternas, y en el 2014 pasó a ser la tercera. Aunque para la ley, el femicidio se restringe a las muertes violentas, consecuencias directas de delitos,

excluyendo, así, todos los decesos que se producen como respuesta a leyes o prácticas discriminatorias. Sí, como la ilegalidad del aborto. A pesar de que a lo largo de este relato se ha querido desmitificar al aborto y alejarlo del peligro, no se puede obviar que hay mujeres muriendo por no poder tener un procedimiento como corresponde: en 1989 la mortalidad por aborto era de 10,8 cada cien mil nacidos, la cifra bajó a 0,8 en el 2012, y la verdad es que no podemos agradecer este descenso a las buenas políticas del Estado. Sí podemos atribuirlo a las redes de contención, a la democratización de la información y a la serie de manuales, fanzines, cartas, documentos que nos instruyen en la clandestinidad.

Si alguien es responsable de que estos números desciendan, somos nosotras. Amigas, conocidas, feministas, que caminan por la vida entregando la educación que no nos facilitaron en la escuela ni en la familia. Esa desinformación que me llevó al embarazo y al aborto es la misma que termina matando chicas. Los vínculos entre nosotras importan: que la mortalidad por aborto haya reducido recae en los lazos que hemos ido forjando como sociedad en vías de feminismo. Todas esas mujeres, con vagina y sin, que han hecho del tema uno de preocupación nacional. No como quisiéramos, pero al menos han logrado que esta clase de datos y debates se establezcan como corresponde, los han investido de la prioridad que merecen. Porque nos seguimos muriendo.

No podemos decir que los números entregados por el Centro de Medicina Embrionaria Experimental y Salud Materna pintan a positivo porque nos han dejado entender y ejercer el aborto. No queda más que pensar en todas aquellas que partieron tras elegir un camino y que ni siquiera llegaron al servicio público o privado, situación que limita tener un registro exacto de los

abortos en nuestro país. Porque eso es lo que pasa: nos asustan al punto que preferimos morir en una tina que pedir ayuda, lo que puede terminar con nosotras entre rejas o con firma mensual por tomar una decisión tan personal como lo es el aborto.

Las cifras son un misterio. Se hace una estimación de un poco más de treinta mil egresos durante el año 2014.[7] Treinta mil mujeres que deciden interrumpir su embarazo, sin contención y en pésimas condiciones sanitarias, que tuvieron que debatirse entre el miedo y la criminalización o terminar muertas en alguna casa rural de algún rincón de nuestro país, tras meterse apio o palillos de tejer o hacerse lavados con detergente o una aspiración sin anestesia ni especialistas cerca. Y eso es culpa del Estado, que nos tiene desamparadas, contaminando nuestros cerebros con falsa información emitida por cuanta red cristiana y moralista existe. Es el Estado el que nos está abandonando, como siempre. Un país que hace vista gorda al trabajo doméstico, a la violencia puertas adentro, y mucho más, puertas afuera. Es este Estado, el Estado de Chile, el que nos da la espalda cuando se trata de cualquier detalle que nos involucre, hasta nuestra vida. Vaya detalle. Chile nos mata porque Chile no vela por nosotras.

Nunca lo ha hecho y sigue sin tomar cartas en el asunto. Decenas de mujeres, descuartizadas, violadas, violentadas psicológicamente, muertas. Muertas.
Muertas en clandestinidad.
Muertas en clandestinidad = femicidio del Estado.

Para el patriarcado y la ley, que buenas veces van de la mano, no somos parte del sistema, a menos que seamos esposas o madres. Solo sufrimos femicidio cuando nuestro actual o

excónyuge nos acribilla. Antes no. Pero si fuiste vulnerada en el pololeo y terminaste en el suicidio, es culpa tuya. Si moriste de hemorragia por no querer ser mamá, es culpa tuya. Y el mundo sigue igual, y los culpables siguen ilesos, y el número de muertas suma y sigue.

Invisibles en el mundo, en la corte, en la prensa. Que el crimen pasional, que el egoísmo de someterse a un aborto, que no vale si es que tu pareja es mujer, o que no es procesable si el responsable de tus puñaladas no vive contigo o si no tienen hijos en común.

Todo es familia, como si viviéramos en la biblia. Al final, nuestros sueños —y la vida misma— solo son validados por el Estado cuando hay un hombre al lado nuestro, como pareja o como hijo. Porque ese es el único rol que nos quieren dar: esposa y madre. Fin de la historia. Aunque hablemos de tu vida. Si no eres esposa, no importas. Si no eres madre, no importas. Bueno, hablemos de familia entonces.

Entre el 1 de enero del 2012 y el 31 de julio del 2017, al Ministerio Público han ingresado 81.171 denuncias por delitos de abuso sexual. De estas, el 69 % de las denuncias —o sea, 55.912 casos— tiene como víctima a menores de catorce años.

Durante el 2015, el cuarto Estudio de Maltrato Infantil en Chile recogió la opinión y testimonio de niños y niñas que cursaban octavo básico, y adivinen qué: 8,7 % de los menores asegura que fue víctima de abuso sexual. Del total, 75 % son niñas, cuyo promedio de edad en el que ocurrió el primer abuso es de ocho años.
Este mismo estudio indica que el 75,1 % de quienes ejercen abuso sexual son hombres, el 88,5 % son conocidos de las niñas

y, de este número, 50,4% son familiares. La sagrada familia, la intocable familia. Intocable hasta que te tocan. Intocable solo para algunos.

Tantas abusadas y ningún abusador. ¿Pero cómo? Según información de la Red Chilena Contra la Violencia Hacia las Mujeres, durante el 2016 se registraron 2.812 casos de violación, un 2,1 % más que durante el 2015.[8]

Las denuncias por este tipo de delitos llegaron a las 2.510, un 3,5 % más que en el año anterior, y la cantidad de agresores aprehendidos llegó apenas a los 326. 2.510 denuncias y solo 326 detenciones. Y para el 2017 la historia no cambió mucho: durante el primer trimestre, se contabilizaron 704 delitos por violación y solo 76 detenciones.[9] La relación entre la frecuencia del delito y la impunidad de los agresores es tristísima.

Ocho años y tu padrastro tocándote. Un estudio del Centro de Medicina Reproductiva y Desarrollo Integral de la Adolescencia, CEMERA**,** aseguró durante el 2013 que el 36 % de las víctimas jamás es capaz de revelar la agresión sexual. Las amenazas, la subestimación y la manipulación no solo son cosas del pololeo, mira cómo pasa en tu familia perfecta. Solo 41 % de las agredidas pudo hablar antes de un año y 23 % lo hizo después de 365 días de callar este secreto que viene acompañado de los *nadie te va a creer, tú eres chica y yo grande*, *yo sé lo que hacemos*, *confía en mí* y *si le cuentas a alguien mato a tu mamá*.

Y aun así, el Estado de Chile le impone —aunque tengamos una nueva ley— a las niñas y mujeres, que sufren abuso sexual, el castigo del embarazo forzado. ¿Sabías que el 66 % de las embarazadas por violación son menores de edad y que el 11 %

tiene menos de doce años?

Niñas. Niñas abusadas a los ocho años y embarazadas a los doce, después de cuatro años de miedos, traumas y sufrimientos silenciosos llenos de amenazas.

Existe el miedo, el trauma, la amenaza. Sí, todo eso existe. Existen las muertas, las embarazadas en violación/incesto. No podemos seguir permitiéndolo. Chicas, no podemos seguir permitiendo que nuestras yos del futuro pasen por esto. Tenemos que levantarnos, tenemos que mirar, observar, juzgar si es necesario. Apuntar las conductas que nos parezcan raras. Conversar. Sentar a las jóvenes y explicarles bien, pero muy bien, que nadie puede llegar y tocarlas y que nadie puede manipular sus pensamientos para permitir ser tocadas. Nadie. Nunca. Es complicado cuando hablamos de personas pequeñas, con poca experiencia, siempre creyéndole a quien es mayor, por eso es importante que las miremos a los ojos y les digamos: nadie, nunca, puede tocarte si tú no lo deseas.

Si el Estado no se hará responsable, una vez más, de las violencias que existen hacia nosotras, entonces, una vez más, vamos a tener que ser las de la contención, las de las redes, las de la información.

No lo pases por alto. No lo pasen por alto. Entreguemos la información, la contención y la confianza que falta. Si eres matrona, hazlo. Si eres hermana, hazlo. Si eres profesora, hazlo. Si eres madre, hazlo. Si eres vecina, hazlo. Sé sapa.

Sé copuchenta. Métete, interrumpe, toca la puerta, derriba la puerta de ser necesario. Escucha, abraza. No necesitamos más niñas violadas ni padrastros impunes. No necesitamos más

niñas jugando a ser madres.

¿QUÉ ONDA LA MATERNIDAD? MENOS MUÑECAS Y MÁS MISOPROSTOLES

Mujer, ¿a qué edad empezaste a jugar a la mamá?
Hombre, ¿a qué edad empezaste a jugar al papá?
¿Jugaste al papá, siquiera, o tu infancia pasó entre figuras de acción, autos a control remoto, herramientas de construcción y deportes extremos?

Nosotras nacimos para ser madres. Nosotras nacemos y no pasan más de dos años para que ya tengamos que hacernos cargo de una muñeca. De trapo, de plástico sin vagina, de felpa. *Mi guagua*. La guagua jugando a alimentar a la guagua, a cambiarle los pañales y pasearla. Niña de tres años, que apenas sabe hablar, pero ya tiene claro que ese peluche rosado puede morir si no lo atiende.

Sí, es un peluche y no se va a morir, lo sabemos. Anda a decirle eso a la niña del jardín, que pide un puesto y un plato de comida para ese objeto inerte, que es el primer guiño de su única validación como persona y mujer. Que le pone babero para darle de su comida, que le hace un espacio en la cama, que lo lleva a clases y lo defiende de los peligrosos juegos de sus compañeros, que quieren tirarle el crío al techo.

Niñas madres. Y no solo en el juego. Niñas madres también hay en la realidad. No quiero ser extrema en el relato, pero parece que es la única forma.

Belén. Once años. Corría el 2013 y Chile se remece

poseramente —como todo en este país banana— por el caso de esta niña repetidamente violada por su padrastro de treinta y dos años. Conmoción nacional y la chica en cuestión sale a hablar, luego de que su mamá asegurara que la relación entre abusador y abusada era consentida. «Va a ser como una muñeca que voy a tener en mis brazos — se escuchó en entrevistas televisadas expuestas por Canal 13 sin pudor—. La voy a querer mucho aunque sea de ese hombre que me hizo daño, igual la voy a querer.» Ella nunca se atrevió a decir nada porque «él me decía "si dices algo voy a matar a tu mamá y a tu hermanito", y de puro miedo no le dije nada».

En Paraguay pasó también. Una niña de diez años, cuyo nombre se protegió a diferencia del caso chileno, fue abusada por su padrastro y tuvo que salir la ONU a dejar en claro que cualquier embarazo en menores de catorce años es considerado violencia sexual. Viva América Latina, la segunda región con mayor maternidad infantil.

Según el Colegio de Matronas de Chile, cada año unas 850 menores de quince años dan a luz, la mayoría por casos de incesto.

Niñas doblemente castigadas, porque, tanto en Chile como en Paraguay, son obligadas a cursar un embarazo no deseado y riesgoso. Se viola a las niñas, se viola su derecho a la vida, a la salud, a la integridad física y mental, su derecho a la educación que tendrá repercusiones en sus oportunidades socioeconómicas. Pero no, Belén quiere ser madre, así que la dejamos. La pequeña paraguaya pudo llevar su embarazo de «manera segura», aun cuando su peso durante la gestación era de solo treinta y cuatro kilos.

¿Sabían que el riesgo de muerte materna es cuatro veces mayor en menores de dieciséis años? Una menor que queda embarazada en los dos años siguientes de su menarquía, cuando su pelvis y canal de parto aún están en crecimiento, tiene más probabilidades de tener problemas de salud e incluso de terminar muerta. Ni hablemos del riesgo mental. Que una menor sea víctima de violencia sexual y se le obligue a concretar un embarazo no deseado equivale a torturarla.[10] Durante el 2017, Amnistía Internacional lanzó la campaña Niñas No Madres: alrededor de diecisiete millones de menores de todo el mundo se enfrentan a esto. Su infancia termina antes de tiempo, se ven obligadas a asumir responsabilidades que no solo acaban con su niñez, también ponen en riesgo su salud y sus perspectivas económicas. No hay que dejar de lado la exclusión social que conlleva ser madre siendo niña, más cuando hablamos de chicas en situación de pobreza que verán limitado su acceso a la educación. Vamos, son niñas. Tienen el derecho a vivir libremente, sin ningún tipo de violencia. Los embarazos forzados, la mutilación genital y los matrimonios son solo algunas de las graves violaciones de derechos humanos que las afectan. Torturas de tiempos pasados y de estos.

Nos hicieron creer que la posibilidad de dar vida debe terminar, sin excepción alguna, en la obligación de hacerlo, y eso es una forma de tortura. La maternidad forzada existe y pasa muchas veces por la criminalización del aborto. Nuestro país sabe de eso. Desde el año 1931, el aborto terapéutico era legal porque ¿quién en su sano juicio arriesga la vida de la madre o del menor, y su integridad, solo por el constructo de familia, que tanto disfruta la élite chilena? Bastó que, en 1974, la Comisión Ortúzar debatiera sobre la idea de la ley para que Jaime Guzmán saltara con su prohibición constitucional del aborto.

No logró un cambio aparte en este documento, pero sí consiguió que se agregara el inciso segundo del artículo 19 para que la ley quedara de la siguiente manera: «Se protege la vida del que está por nacer», porque vale más que la de la mujer, y se modificó el artículo 119 del Código Sanitario: «No podrá ejecutarse ninguna acción cuyo fin sea provocar un aborto». Ja.

Don Jaime (o, más bien, seguidores de él, porque bien muerto está): el aborto no es algo que controles con una ley ni con la criminalización. Tomando estas cartas en el asunto, solo logras que el proceso termine siendo riesgoso por el secretismo y la mafia que se genera en torno a él. Las cifras que se conocen sobre el aborto en Chile sirven para demostrar que la prohibición absoluta no ha impedido que exista. De hecho, lo que ha logrado es incrementar las condiciones de riesgo en la vida y la salud de las mujeres, incluyendo a aquellas que se encuentran en las tres causales que despenalizó el proyecto durante el 2017.[11]

El miedo a ser enjuiciada por la criminalización es real y pasa por muchos tópicos, como la maternidad forzada, que suele agarrarse de uno de los argumentos favoritos de los provida, que más bien son pro-cualquier-perso-na-que-no-sea-mujero-gay-o-indígena-o-migrante: el instinto maternal.

La madre leona. Al igual que una coneja, una gallina o una gata, tenemos esa fuerza sobrenatural que nos lleva a dejar todo por nuestros críos. Eso pensaba yo, cuando veía a mi madre con el corazón roto separándole ensalada a mi papá. Eso me enseñaron en el colegio, cuando me contaron que todas las grandes mujeres de la historia eran parejas de o hijas de o hermanas de. De hecho, nunca me hablaron de grandes mujeres

en la historia, como tampoco me hablaron en profundidad sobre los procesos reproductivos ni sobre mis derechos respecto de ellos. Siempre madres: la de Bernardo O'Higgins, la de Zamorano, las que salían enseñándole a los hijos a tomar leche, pero que nunca salieron enseñándoles a las niñas a respetar sus cuerpos y lo que pasa en ellos. Y recién, como abortista, me vine a enterar de este otro mundo. El del derecho, el de las mujeres que rebaten las construcciones impuestas.

Este mito, el gran mito del instinto maternal, se puso en duda por primera vez en 1949, cuando Simone de Beauvoir cuestionó la naturalidad de las conductas maternales, llevándolas al campo de la cultura. Lo que hizo Simone fue separar el aspecto biológico, que nos deja a las mujeres como únicas gestadoras de otro humano, del aspecto social: cada mujer desea o rechaza la intensidad de ser madre y cómo serlo.

Bueno. Pensémonos como humanos y no solamente como mujeres, al menos por esta vez. Hace harto rato que la academia desechó esto del instinto natural animal porque deja afuera la capacidad de decisión y de voluntad. Entonces, pareciera que esta separación solo es válida cuando tienes pene, porque, si el útero vino contigo, te ves obligada a aceptar lo del instinto como algo que tira más que cualquier cosa y no puedes hacer nada contra él.

Si los etólogos ya cesaron la cháchara del instinto cuando hablamos del humano y los intelectuales se llevaron el término al baúl más apartado por obsoleto, no podemos seguir fomentando el mito del instinto maternal, que, de existir, no sería exclusivamente de las mujeres, como dijo la socióloga israelí Orna Donath en su publicación *Madres arrepentidas*.

Lo grita el libro *El segundo sexo*: «... ya se ha dicho que la sociedad humana no está jamás abandonada a la naturaleza. Y, en particular, desde hace aproximadamente un siglo, la función reproductora ya no está determinada por el solo azar biológico, sino que está controlada por la voluntad». Así que la historia es más o menos así: aunque para la sociedad —academia y expertos involucrados— la facultad que nos distingue de los animales es nuestra voluntad, parece que es una norma que solo corre si eres hombre.

El instinto maternal no existe. Las actitudes de madre —buena o mala— no pasan por el instinto, sino más bien por expectativas construidas por toda la historia patriarcal, esa misma que nos obliga a decir *no hay nada como el amor de madre, por mis hijos cualquier cosa*, *ninguna mujer me va a amar como mi mamá*, y que termina hasta con algún pésimo cantante argentino escribiéndole himnos a su progenitora, que, años después, nosotros bailamos en la fiesta del jardín mientras nuestras madres lloran porque lo único que les dejan tener las ama, como nunca nadie las amó.

Somos menos que mórulas y cigotos. Para la ley, para la academia, para la Constitución, y eso del instinto maternal es un mandato social. Otro más.

útero y útero s/axlOOpre

Repaso rápido:
Los padrastros violan hijastras.
El Estado es femicida.
Máquina de niñas madres.
La maternidad forzada es tortura.
La prohibición del aborto solo logra mayor
riesgo en el proceso.
Treinta mil abortos pasados por
sistemas tradicionales.
No podemos estimar la clandestinidad.
La criminalización del aborto nos deja
solas y asustadas.
El instinto maternal no existe.
Somos menos que cigotos.
Nos matan con escopetas.
Solo existimos si somos madres o esposas.
Cada treinta y tres minutos se comete abuso
sexual, siete de cada diez víctimas son mujeres
menores de edad y, por cada una niña que denuncia,
seis se llevan el secreto a la tumba.[12]

Los derechos reproductivos y sexuales de las mujeres no existen en Chile. Y ¿saben qué? Los derechos reproductivos y sexuales de las mujeres son un derecho humano. Pero ¿qué son los derechos humanos? Según la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, son todos aquellos inherentes a todos

los seres humanos, sin distinción alguna de nacionalidad, lugar de residencia, sexo, origen étnico, color, religión, lengua o cualquier otra condición. O sea, todos tenemos los mismos derechos sin discriminación.

En la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, celebrada en Viena durante 1993, se dispuso que todos los Estados tienen el deber, más allá de sus sistemas políticos, económicos y culturales, de promover y proteger las libertades fundamentales: las libertades civiles, políticas, el derecho a la vida, a la igualdad ante la ley y de expresión, tanto como los colectivos, tales como el derecho al desarrollo y la libre determinación.

En 1979 se firma la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer, tras el trabajo de la Comisión de la Condición Jurídica **y** Social de la Mujer, creada en 1946 por el Consejo Económico **y** Social de la ONU**.** Desde el 81 está en vigencia para eliminar la discriminación contra la mujer, que se define como «cualquier distinción, exclusión o restricción hecha en base al sexo que tenga el efecto o propósito de disminuir o nulificar el reconocimiento, goce y ejercicio por parte de las mujeres, independientemente de su estado civil, sobre la base de igualdad del hombre y la mujer, de los derechos humanos y libertades fundamentales en las esferas política, económica, social, cultural, civil o en cualquier otra esfera».

Pero pareciera que esto no se pone en práctica porque nos asustan, nos persiguen, nos apuntan, nos bombardean, nos obligan, nos privan, pasando por alto que somos humanos, personas pensantes, con opinión y decisión, como la de abortar, una de las tantas opciones que deberíamos tener como mujeres.

Porque ya se juntaron los grandes mandatarios del mundo para dejar en claro que elegir, sin importar el sexo, es parte de nuestros derechos. Pero no tenemos. Ni siquiera es un pie sobre nosotras de manera implícita, es literal. Nos lo gritan en la calle los católicos y las leyes nos amenazan si es que, siquiera, contemplamos la idea. Ni hablemos de la policía. O sí, sigamos hablando.

En los últimos once años se han formalizado 378 mujeres por interrumpir su embarazo, y 148 de ellas fueron condenadas. Procesadas, privadas, perseguidas por decidir. Y esta cifra de persecución y sanción penal está dejando afuera a los más de 323.000 egresos hospitalarios por aborto que se han registrado en el servicio público y privado desde el 2008.[13] Treinta mil ingresos al sistema por aborto al año. Treinta mil mujeres en peligro, mientras en la plaza de Armas nos gritan asesinas y nos responsabilizan por la desmoralización de nuestra sociedad y, por supuesto, las familias de ella.

Obvio que las cifras son mayores. Ninguno de estos estudios puede contemplar a todas esas personas petrificadas de miedo, que prefieren no acudir a algún tipo de centro asistencial para solicitar orientación previa, asistencia durante el aborto, seguimiento sanitario o ayuda psicológica después de él. Hubo algunas que se atrevieron. Y hubo 378 que terminaron formalizadas por tener el coraje de querer salvar sus vidas. Chicas que, entre contracciones, fiebre, diarrea y hemorragia, salieron del baño para terminar declarando frente a un fiscal, dando explicaciones sobre sus contextos y pensamientos, que las llevaron a conseguir una pastilla de misoprostol en el mercado negro o metiéndose alambres con la intención de revolver todo lo que había adentro de sus cuerpos reprimidos y encarcelados. Encarcelados, multados. 378 úteros castigados

con la vara de la correcta ley, entre sangrado y culpa.

Amigas, nos están persiguiendo. Nos están vigilando, pero nosotras somos más, somos fuertes, somos compañeras. Hacemos redes, creamos contención, nos pasamos datos de dealers, nos prestamos las casas, nos mandamos manuales y nos contamos experiencias para que las que se embarquen en un aborto lo pasen menos mal que nosotras. Nos están persiguiendo y tenemos que correr más rápido, saber dónde y con quién ocultarnos.

No nos olvidemos jamás de eso. Nos están buscando pero nosotras somos más, somos la mitad de la población, tenemos compañeros que nos respetan y apañan, somos más. Mira la casa de al lado, mira tu propia casa. Repasa tu historia, compárala de ser necesario. Ármate. Tómalo literal o no: puede ser con conocimientos y argumentos, para no fomentar la desinformación y los mitos, o puede ser con gas pimienta para ti y todas tus amigas, que tienen que caminar de noche por la calle, solas. Ámate también. Armarse y amarse. Entiende tus procesos reproductivos, enséñales a las que vienen. Ama tus embarazos tanto como tus abortos, tus estrías y tus quistes en el ovario. Cuídate. Siempre cuídate. Cuídalas. Cuídanos. Todas nos tenemos que cuidar, porque nos están persiguiendo.

Y lo van a seguir haciendo y nosotras ya lo sabemos. Tenemos claro quiénes nos están apuntando y tenemos que estar con ojos crípticos para descubrir cuáles son los individuos que están disfrazados de feministas, aunque no respetan nuestros derechos, todos ellos. No más. Vigila. Suelen decir que esto no se trata de una guerra de sexos, pero prendo la tele y veo a mujeres vendadas, descuartizadas en bolsas de basura, en la periferia de la capital. Esto sí huele a guerra. Niñas

embarazadas como botines de guerra, mujeres muertas a puñaladas en manos de hombres. ¿En serio no es así como luce una guerra? No lo tomes de la manera violenta, tómalo con sabiduría: si esto es una guerra, tienes que hacer una barrera de contención, armarte con información y experiencia y luchar. Puede ser tu última pelea, o la última de tu vecina, esa a la que escuchaste gritar una vez, aunque lo dejaste pasar porque quién es una.

Quién es una. Nadie. Yo soy nadie, te lo dije durante todo el relato y tomé mi posición de nadie para hacer algo al respecto. Si estamos esperando que nos validen como alguien, con nuestros derechos claros, vamos a terminar muertas todas. Somos nadie y vamos a dejarlo en claro. Somos las nadies que abortan, las que mueren con palillos de tejer, las que quedan sin ojos porque así lo decidió el marido, las que se terminan autoflagelando porque sus pololos las condujeron por el tormento. Somos nadie, amigas, pero somos amigas. Nadies y amigas. Las nadies que van a marchar, que arman fanzines, que dictan talleres en poblaciones sobre cuidado sexual. Nosotras, las nadies, las que instalamos debates sobre lo que podemos hacer con nuestros cuerpos, las que gritan que no se pueden meter más en ellos. Nadies que van a transformarse en alguien, tarde o temprano vamos a pasar a ser alguien. Vamos a ser las que respetan, las que valoran, las que deciden, las que están juntas, como el frente de batalla más grande que se ha visto. Somos nadie, pero paciencia y fuerza, porque vamos a ser todo. Vamos a ser todas.

Estamos aquí, siempre vamos a estar aquí. Yo, como nadie, estoy aquí para ti. Y otras, muchas otras, están dispuestas a darte un contacto, una mano, una pasti. Son varias las instituciones, organizaciones y colectivos a los que puedes

acudir si es que tu círculo de confianza es reducido o antimujer. Duele leerlo. Cuesta dimensionar que hay grupos de personas —a veces familiares, parejas y amigos— que respetan más a una mórula que a ti. Durísimo. Pero, calma, que en cada esquina puedes encontrar a una de nosotras, aliadas que saben que juntas somos mucho más.[14]

Yo decido. Claro que decido. «Aquí nadie se aprovecha de tu dificultad, dinero, ingenuidad, miedos, desinformación que puedas tener.» Eso dice la página que funciona como una orientación mínima respecto del aborto. «Aclaro libremente que este sitio está orientado a la información y no a ofrecer cóctel de medicamentos como lo ofrecen otros sitios.» Tus derechos, algunos mitos, cómo proceder clínicamente y orientación general están albergados en este rincón de internet que puede ser de gran utilidad durante tu decisión de abortar. Siempre como primer paso, nunca como manual total. Es importante que armes un pequeño círculo de contención para que la soledad y el miedo no afecten tu procedimiento, que ya sabemos que no es satánico (la dificultad radica más bien en el ambiente y el contexto en el que lo realizamos). En Chile el aborto no se realiza en un espacio seguro, porque, aun cuando nos juntemos entre nosotras y nos entreguemos contención, sabemos que fuera de esas cuatro paredes que elegimos para abortar hay un mundo dispuesto a juzgarnos por cualquier pequeño signo de decisión que mostremos. Si realmente no puedes pensar en personas que te acompañen, hay más opciones. Y no, no estoy hablando solo de dar en adopción.

Un colectivo de lesbianas y feministas está ahí para ti. Línea Aborto Libre le ha entregado mucho a este país. La generación de contenido propio, basada en documentos oficiales de la Organización Mundial de la Salud, logró que este grupo de

mujeres tenga la cifra segura para ti, segura porque «amamos a las mujeres». Su protocolo de aborto seguro con pastillas es un tesoro abortista. Es el PDF que comparto cada vez que alguien me pide ayuda, y cada cierto tiempo lo repaso para no olvidar los detalles claves, que se ven contaminados por estafas online e info mediática mal tratada. Pero aquí todas abortamos: Línea Aborto Libre también dispone de este manual en mapuzungun, en lengua de señas y en creole. Miso pa' todas dicen. Por supuesto que miso para todas.

El 2015, se instala en Chile la Mesa Acción por el Aborto con el fin de generar argumentos para debatir sobre la despenalización del proceso y luchar por el derecho de decisión. Corporación Humanas, Amnistía Internacional, Aprofa, Fundación Instituto de la Mujer, el Observatorio de Género y Equidad son algunas de las organizaciones que conforman este espacio en el que podrás conseguir herramientas para la acción. De gifs a columnas, todo para ordenar el caos de infoxicación y poder caminar por la vida como una abortista consciente de lo vivido, sin ser un exagerado con biblia.

Ya no estarás más sola. Esa es la promesa de Embarazo No Deseado, línea de ayuda gratuita y segura donde te asistirán en tus etapas del embarazo y las opciones que existen. Tanto el aborto como la adopción. «Sabemos lo que estás sufriendo, no estás sola, estamos contigo.»

No te olvides jamás de esa frase, por favor. Me encantaría dejar en esta página los nombres y teléfonos para que solo tengas que llamar y vivir tu aborto como corresponde, pero no se puede. Otra vez la clandestinidad. Pero no te preocupes, con un poco de internet puedes llegar a toda la data que no puede ser

expresada en estas palabras.

Por los derechos sexuales y reproductivos vela Miles, la corporación no gubernamental de derecho privado y sin fines de lucro, que desde el 2010 está en la batalla por generar conocimientos, políticas públicas, cambios legislativos y articular redes para promover derechos sexuales independientes de la raza, credo, género, capacidades, orientación sexual o edad. En este espacio encontrarás a tu disposición la nueva ley de aborto, el protocolo para la objeción de conciencia, normas de acompañamiento y las últimas actualizaciones sobre el tema: debates, acuerdos, capacitaciones, entre otras.

Despacito, en mi casa abortamos despacito. Mi mejor amiga me trae un tecito, porque decidir no es ningún delito. Con toda la información y orientación queda lo más importante: abortar, Con las Amigas y en la Casa. Esta red feminista está compuesta de mujeres acompañando a mujeres que deseen interrumpir su embarazo en Chile. A través del correo electrónico conlasamigasyenlacasa@riseup.net toda mujer puede ponerse en contacto. No responden solicitudes de hombres por seguridad y promueven el amor sororo por sobre todas las cosas. Abortar en Chile es un desacato, un gesto de autonomía, dicen, y nos invitan a hacerlo seguras, acompañadas y minimizando riesgos.

Qué bonita frase la que sale al final de este relato: amor sororo. En mi vida, el entendimiento de esta clase de amor tardó en llegar. Conocí las decepciones familiares, la desinformación sexual, el aborto y el amor, antes de conocer el feminismo, los derechos que tengo como persona-mujer, la información sobre reproducción y aborto y el amor en otras formas. Ya dije que

no soy madre, proceso que entiendo como uno de los más privilegiados a los que podemos enfrentarnos, porque solo es de nosotras; así que no puedo hablar de ese amor en específico, aunque sí puedo hablar de otro. Amor sororo. Sororidad. Sororidad, del latín *soror*, que significa hermana. ¿No te emociona leerlo? A mí sí, hermana. Embarazada viví este término aún sin ponerle un nombre, porque ya saben que he pululado por la vida como una desinformada, ignorante e inculta. Con un par de semanas de gestación, mi amiga P me miró, me agarró y me demostró que somos hermanas, aunque ya no esté, aunque ya no me piense. Hermanas. Como la novia de mi hermano —real— que me metió los dedos en la vagina. Hermana como G, que me prestó plata para una eco. Hermana como todas las chicas que asisto hasta el día de hoy en sus procesos. Hermanas, las nadies que pronto serán todas. Esta hermandad no se rompe con cualquier cosa, porque está aflatada con fuego, con sangre de regla, con lágrimas de dolor. Porque yo también estuve ahí, porque tú también estuviste ahí. Porque sabemos lo que significa transitar por esta vida solas, sin contenciones reales ni abrazos sinceros. Pero no es necesario que sea así para siempre, hermana. Ya te he dicho que estoy aquí para ti, y tú tienes que estar ahí para otras. De eso se trata la hermandad.

Así fue mi aborto. Con mis amigas y en mi casa. Después del gran tormento del miedo, de chocar contra la realidad de ser mujer en Chile y seguir bien fuerte luchando por lo que es nuestro, es tiempo de dejar de pensar en la interrupción del embarazo como un asesinato. Abortar es una de las cosas más importantes que me pasó, tal vez una de las mejores. No hay droga que se compare al bienestar que entrega el poder elegir en un Estado que nos tiene con cadenas, siguiendo órdenes como las ovejas del rebaño, las que se embarazan, las del

trabajo doméstico gratis, las que preparan la comida. Es horrible de escribir y de leer, pero no te olvides de nuestra pasión. No esa que sentiste cuando te tocaron, consentidamente, las pechugas por primera vez. No. Esa que sentiste cuando dejaste una relación tóxica, la que te tomó cuando abortaste, la que te inundó cuando marchaste algún 8 de marzo. Pasión, la de Poder. Abortar —o amar, o avanzar, o abdicar, o avisar, o acusar— Sin Ineptos Opresores que No Te Dejan Ser.

No necesitamos más niñas madres ni más muñecas de trapo. Necesitamos mirarnos a los ojos y decir que vamos a estar ahí, sin juzgarnos. Tenemos que huir de las construcciones de la iglesia, de Jaime Guzmán. Misoprostol salvador, que llegue a todas las que tenga que llegar, igual que el abrazo cálido que se recibe cuando tomaste una decisión y la llevaste a cabo. No olvides que el Estado dice que te ama, pero es porque te posee. Tal como ese pololo abusivo del colegio, ese padrastro amenazador o ese marido violento. No olvides que tus hermanas te aman porque te entienden, y eso es amor de verdad, no es posesión, no es obsesión, no es abuso, es amor de verdad, como el que sienten muchas mujeres cuando ven a sus hijos. Amor sincero, poderoso, fuerte, como tú.

Mujer, mujer fuerte. Lucha por tu educación, pelea por información, arma tu contención. Que no se te olviden las pobres, ni las negras, ni las lesbianas, ni les trans, ni las que atornillan para el otro lado. Abraza tu embarazo, vive tu sororidad, respeta tus procesos. Lucha. Grita bien fuerte. Ármate de manuales, de pastillas, de amigas. Eres. Ser es decidir. Que nadie te quite la humanidad. Que no destrocen tu vida. No somos ganado. Despierta. Ámate. Llora. Búscame. Búscate. Aquí estamos y aquí estaremos. Por ti, por mí, por las

que ya no están. Abortando.

Educación sexual para decidir.
Anticonceptivos para no abortar.

ABORTO LEGAL PARA NO MORIR.

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída.

Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de

experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,
Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑO 2019:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

La selección de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvana el grito generacional de una nueva ola de autoras y pensadoras. Las distintas voces que conforman este Caballo de Troya intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. *Game Boy* y *Cambiar de idea* son reflexiones incómodas y singulares que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos. *Ama* es un ejercicio memorístico que se expande desde la intimidad familiar hasta el vértigo de toda una generación en su paso a la edad adulta; ese que en tres historias completamente distintas, *Había una fiesta*, *Listas, guapas, limpias* y *Cómica*, se explora desde el trauma y las heridas. Todos ellos siempre desde el humor y la ironía, siempre cuestionándose la asunción de los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

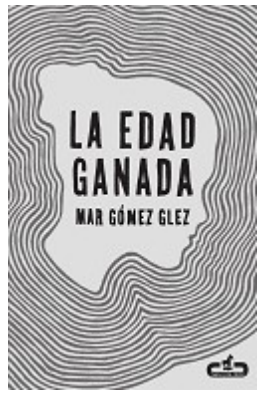
Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Bárbara Carvacho (Santiago de Chile, 1991), feminista chilena y periodista, especialista en música y Misotrol. Ha colaborado en medios como *Vice*, *Noisey* y *Red Bull*. Actualmente es editora del *POTQ Magazine*, sitio especializado con 15 años de existencia, y de la plataforma multidisciplinaria *Picnic TV*. Cofundadora de La Secta Editorial, colectiva de mujeres que busca publicarse sin caer en los juegos patriarcales del mercado editorial. *Y tú, ¿tan feliz*? es su primer libro, escrito en uno de los cinco países del mundo en que las personas abortantes no pueden decidir sobre su cuerpo.

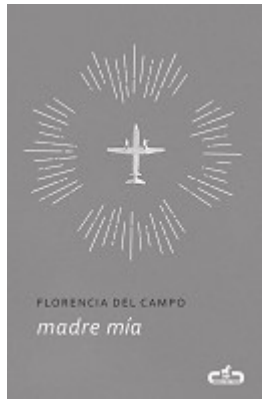
Si te ha gustado ***Y tú, ¿tan feliz?,*** te recomendamos:



AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO
LA EDAD GANADA
Mar Gómez Glez

En nuestra familia no ocupamos el lugar que queremos, sino el que nos dejan o el que somos capaces de conquistar. Luego, cuando salimos al mundo los roles del hogar nos persiguen. En *La edad ganada* asistimos a la evolución de un personaje femenino y nos encontramos con innidad de relaciones tóxicas: madre, colegio de monjas, amistades ambiguas, anoréxicas, parejas que se torturan, abusos sexuales y acosos laborales que también son sexuales. La protagonista quiere entender cuáles son los hilos que mueven su mundo, pero para ello necesita primero escapar. Ha de poner tierra de por medio, y se marcha a Nueva York. También necesita, y esto es lo más importante, a otras personas con las que construir un entorno habitable. Sartre armaba que el inerno son los demás, y en *La edad ganada* la sentencia del lósofo parece conrmarse. Ahora bien, estas historias no se quedan solo en señalar al entorno como fuente

de todos nuestros males, sino que desarrollan otra cuestión más interesante y justa: ¿qué parte de los demás se confunde con nosotros? ¿Se puede decir «el inerno son los demás» obviando los demonios que llevamos dentro? O, dicho de otro modo: ¿qué sumisiones ha aceptado una joven española de clase media?



AÑO 2017: LARA MORENO
MADRE MÍA
Florencia del Campo

Narrada en una descarnada primera persona, esta novela es el viaje de la autora hacia la enfermedad y la muerte de su madre, a través del cuestionamiento de su propia identidad y de su deber como hija. A medio camino entre Buenos Aires, donde vive su madre, y el resto del mundo, la autora traza un recorrido visceral de idas y venidas: de un lado la obligación y el deseo de cuidar a su madre, del otro la fuerza que la arrastra a vivir su propia vida, su necesidad de construirse lejos de las fronteras de su familia, con toda la complejidad de esa raíz, de esa pertenencia. Estados Unidos, Uruguay, India y España son los lugares a los que la protagonista escapa y desde los que

regresa, una y otra vez, a Argentina, en un viaje en el que irá desvelando, con un tono alado e irónico, la esencia de la vida y la muerte: quién es la hija, quién es la madre,y cuál es el lugar donde ambas se encuentran,se enfrentan y se perdonan.

AÑO 2019: LUNA MIGUEL Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ
HABÍA UNA FIESTA
Marina L. Riudoms

La historia de una *rave* que salió mal. Cuatro amigas están de viaje en el sur de Italia. Pese a que Paula, Nadia, Jero y María se dirigen a una rave en una playa de Capri, el ánimo parece no acompañarlas. Algo sucedido ese mismo día ha perturbado a las chicas, y perturbará al lector, para quien los hechos se irán desvelando entre la arena de una playa que amanece. Marina López Riudoms ha escrito una historia oscura, costumbrista, que nos lleva a los escenarios de Elena Ferrante

«Abortar es una de las cosas más importantes que me pasó, tal vez una de las mejores. No hay droga que se compare al bienestar que entrega el poder elegir en un Estado que nos tiene con cadenas, siguiendo órdenes como las ovejas del rebaño, las que se embarazan, las del trabajo doméstico gratis, las que preparan la comida. Es horrible de escribir y de leer, pero no te olvides de nuestra pasión. No esa que sentiste cuando te tocaron, consentidamente, las pechugas por primera vez. No. Esa que sentiste cuando dejaste una relación tóxica, la que te tomó cuando abortaste, la que te inundó cuando marchaste algún 8 de marzo. Pasión, la de Poder. Abortar, o amar, o avanzar, o abdicar, o avisar, o acusar».

Esta es la historia de Bárbara, joven estudiante de clase media, sociable, enamoradiza, carente de educación sexual, que sin planificación alguna se embaraza y que decide interrumpir la gestación en un país en el que esa práctica es ilegal. Bárbara decide acabar con el embarazo de manera clandestina, lo que le lleva a conocer a otras mujeres en su misma situación. Más allá del aborto -contado aquí desde las mismas entrañas- Y tú, ¿tan feliz? es una radiografía del machismo en Chile, y por extensión en Latinoamérica, y por extensión en el mundo, que la periodista Bárbara Carvacho desgrana con valentía en su primer libro.

Edición en formato digital: octubre de 2020

© 2019, Bárbara Carvacho
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Fotografía de portada: iStockPhotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-27-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

[1] De aquí en adelante P es el apodo de mi compañera. P de presente, de partner, de promesas y posibilidades eternas, de pena y peleas. P porque no tengo el coraje para escribirle y pedirle autorización para que su nombre salga brillante en este relato. P de pastillas, prohibiciones y para siempre.

[2] Por supuesto que mi tercer dealer tiene nombre, pero no merece ser puesto en peligro. Dejémoslo en Dios para todo el resto del relato. Un dios que sí cumple sus promesas y hace milagros.

[3] Embarazo en el que el óvulo fertilizado se implanta fuera del útero. Si se permite que siga creciendo, puede dañar los órganos cercanos y ocasionar una pérdida de sangre mortal.

[4] No son provida, son antiderechos.

[5] EL AMOR NO MATA. LOS HOMBRES MATAN. Y ESO NO ES AMOR.

[6] Camila Moreno no escribió «Tu mamá te mató» pensando en el aborto.

[7] Documento ingresado por Michelle Bachelet Jeria al Tribunal Constitucional. 13 de agosto del 2017. Número de anexo 65128.

[8] Ministerio de Justicia. Sename. Anuario Estadístico 2014.

[9] Ministerio de Justicia. Sename. Anuario Estadístico 2014.

[10] Según Amnistía Internacional, «obligar a una pequeña a ser madre se constituye como tortura», conforme a la Convención contra Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes de la Organización de Naciones Unidas. Adoptada y abierta a la rma, con raticación y adhesión por la asamblea general en su resolución del 10 de diciembre de 1984. Con fecha de entrada en vigor: 26 de junio de 1987.

[11] Hasta julio del 2018, y de un total de 341 mujeres que invocaron esta ley en cualquiera de sus causales, solo 32 decidieron mantener la gestación. El 90 por ciento restante abortó.

[12] Fiscalía Nacional, 2016.

[13] Datos presentados por el Ejecutivo en un anexo clave durante el proceso de fallo en el Tribunal Constitucional, a raíz de la tramitación de la ley de aborto en tres causales, durante agosto del 2017.

[14] Tengo miedo. Una vez más tengo miedo. No quiero ser sapa. No quiero que, por mi culpa, toda la lucha dada se vaya al hoyo por hablar de más. Sabemos cómo funciona la clandestinidad y sabemos que nos están mirando –y penalizando y matando–. La lista que se lee en estos párrafos es mucho más profunda, íntegra y funcional de lo que puedes

revisar aquí, y es necesario que hagas una investigación más ardua sobre cada una de estas organizaciones para que entiendas bien todo lo construido y qué ayuda pueden facilitarte. Así es la clandestinidad, así es Chile, así es ser mujer. Todavía no puedo llegar y hablar, porque está la ley penando, la Constitución, Jaime Guzmán. Que no te penen más. El silencio es una de las tantas expresiones de violencia en las que nos vemos envueltas. Y a mí no me queda más que callar para no arruinar.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Y tú, ¿tan feliz?

Qué voy a saber yo de abortar

Obvio que sé abortar

Hola, soy abortista

apéndice: ¿qué fue lo más grande que hiciste para sobrevivir?

Amor versus amor

Caballo de Troya

Sobre Bárbara Carvacho

Si te ha gustado Y tú, ¿tan feliz?…

Sobre este libro

Créditos

Notas